

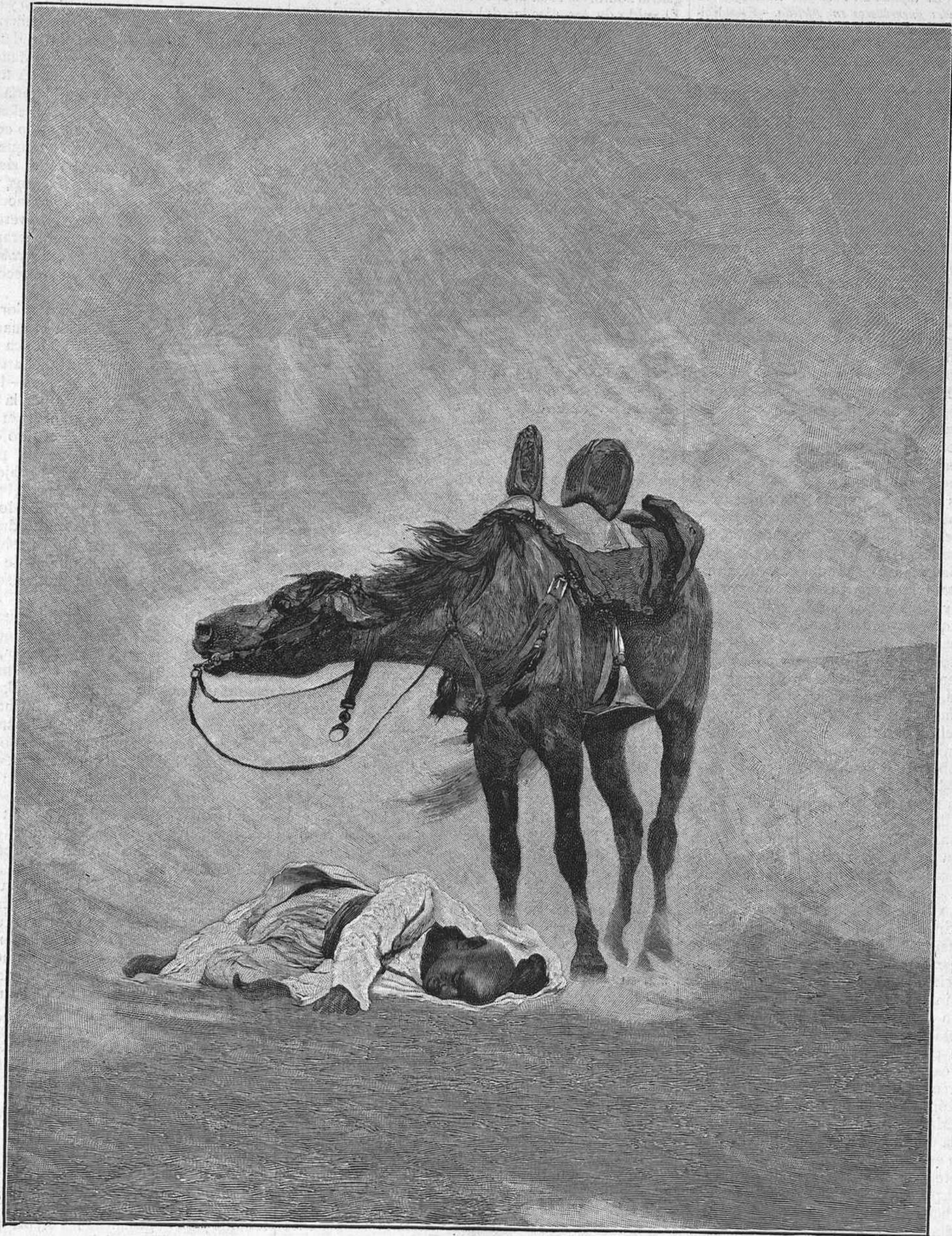
La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 4 DE DICIEMBRE DE 1893

NÚM. 623

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MUERTE DEL BEDUINO, cuadro de C. R. Huber

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores de la *Biblioteca Universal* el primer tomo de TRADICIONES PERUANAS, ilustrado por D. Nicanor Vázquez.

SUMARIO

Texto. — *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. — *Al borde de la tumba*, por M. Ossorio y Bernard. — *Los sucesos de Melilla. Crónica de la guerra*, por M. Martínez Barrio-nuevo. — *Tánger*, por X. — *Nuestros grabados.* — *La Pola* (continuación), novela original por Eva Canel, con ilustraciones de J. Cabrinety. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Los baños del Peñón en México.* — *El Judío errante en la Salpêtrière.* — *Fotografía en colores.*

Grabados. — *Muerte del beduíno*, cuadro de C. R. Huber. — *Tipos árabes*, tres dibujos de José Benlliure. — *En el Parc Monceau*, cuadro de Ramiro Lorenzale. — *Nuevo puente sobre el Vístula, en Fordon, y su interior*, dos grabados, de fotografía. — *Tipo moro, Músico árabe y Una mezquita en Uazán*, dibujos de G. Montbard. — *Mártires cristianos en el circo*, cuadro de G. Mantegazza. — *Desterrados á Siberia*, cuadro de W. Schereschewski. — *Mezquita de Tánger.* — *Bailarina berberisca en un campamento de askaris.* — *Batería de la ciudadela de Tánger.* — *El capitán D. Francisco Ariza, jefe de la sección de penados guerrilleros en Melilla.* — Establecimiento de aguas minerales del Peñón, en México (de fotografía). — Figs. 1 y 2. Teófilo M. y Moser B..., llamado Moisés, israelitas, neurópatas viajeros. — *La escuadra inglesa del Mediterráneo.*

VERDADES Y MENTIRAS

Por ley natural, el hombre, aun aquel que con mayor aplomo juzgue y estudie las cosas todas que tengan excepcional interés; aun aquel que más fríamente pueda apreciar y discutir de hechos que tengan el privilegio de exaltar el ánimo, no tan sólo del individuo, sino el de la colectividad; aun aquel, en fin, cuyo temperamento se someta á los fríos mandatos de la razón, y anulando los impulsos del sentimiento, piense, sienta y obre con arreglo á la lógica del determinismo más inflexible, aun ese mismo hombre no puede sustraerse al cabo y en determinados instantes á la sugestión de ciertas ideas, como contraste de otras, cuyos caracteres se definen ó dibujan por sentimiento é inconscientemente en nuestro corazón.

Y digo esto recordando cómo en mis anteriores artículos, sugestionado por los acontecimientos de excepcional importancia que se están desarrollando en Marruecos, y que llevan camino de conducirnos á extremos temidos hace tiempo por las naciones todas de Europa, me he ocupado en definir á la ligera el valor filosófico y estético de un género pictórico, hoy cultivado con gran cariño en los mismos pueblos donde se ha iniciado la evolución mística del arte; y como en este instante, por ministerio de esa ley natural del contraste y obedeciendo también al cabo á la influencia de lo que es innatamente en mi carácter, esto es, oponer hechos á hechos, casos á casos, efectos á efectos, y sobre todo el deseo de no encerrar estos artículos dentro de límites de un solo punto de vista, me obliga á, enfrente de una idea sustentada, oponer otra diametralmente opuesta; pues entiendo que solamente del estudio de las distintas manifestaciones del sentimiento por medio del arte puede alcanzarse á columbrar la verdad.

Después de todo, las tensiones psico-físicas á que nos obligan estos grandes extraordinarios casos que forman época en la historia de los pueblos, no pueden resistirse á una misma intensidad mucho tiempo. Ni la vida de un pueblo y desarrollo de esta vida pueden suspenderse por motivo alguno, aun cuando este motivo sea, como al presente en España, una guerra. Que por virtud también de las energías que despierta tal contingencia, las ideas, aun aquellas que parecen más distanciadas de lo apuntado, adquieren más vigor, más persistencia, por la fuerza de su virtualidad. Y especialmente las ideas que en busca de lo eterno, de lo inmutable, como son la belleza y la verdad, se agitan y manifiestan al sentimiento por medio del arte, esas prosiguen en su desenvolvimiento y alcanzan su plenitud, quizás más rápidamente, cuando por una causa extraordinaria la actividad de un pueblo se acrecienta.

He aquí la razón que invoco para hablar hoy, después de mis anteriores artículos, de la evolución mística del arte, cada día más acentuada, como he dicho al comenzar este escrito, en las naciones donde el espíritu guerrero predomina. Me pareció oportuno volver á discurrir respecto de la nueva escuela estética, porque he visto hace unos días varios cuadros ingleses, donde esa escuela, mejor dicho, ese sentimiento contemplativo que hoy invoca el artista moderno al estudiar la Naturaleza, se advierte con tal fuerza que

me ha subyugado. Comparé, y entre lo pasajero y lo extraordinario, como es la guerra, y lo perenne y lo eternamente bello, como es la Naturaleza, no vacilé un instante.

«De mis soledades vengo,
A mis soledades voy.»

¡Oh! No hay duda, no; la vista de esos paisajes me recordó otros; y ya que el recuerdo viene á mí, como si quisiera obligarme á no ceder en el empeño de mostrar — siquiera sea por medio de la palabra escrita — lo cierto de la tendencia nueva del arte, por su belleza perdurable, por ser en la *gran madre* donde reside toda inspiración y todo amor, ahora ofrezco en estas columnas á la consideración de cuantos me lean y como contraste de los cuadros guerreros que intenté dibujar en otra ocasión y de las sensaciones estéticas que aquéllos producen, otro cuadro distinto y otras sensaciones.

Ahí va el cuadro.

Allá, siguiendo la carretera de la costa, los pinares coronan las montañas, bordan las laderas, sombrean los torrentes; y los pinos, desplegados en batalla como soldados gigantes de colosal ejército, parecen registrar sombríos toda la extensión del turbulento mar. El ruido de las pisadas del campesino se pierde entre el bramar del Océano y el zumbido melancólico de las ojivales copas de los árboles de oro. La hoja seca de éstos tapiza el suelo, despidiendo aromático resinoso olor; el tojo con sus flores amarillas y sus punzantes y espinosas ramas crece á la protectora sombra de aquellos árboles; las peñas se miran cubiertas por el aterciopelado liquen y por entre las resquebrajaduras de las peñas asoman sus corolas los diminutos y poéticos *Forget me not*.

La brisa marina, moviendo blandamente las copas de los pinos, les hace remedar largo y monótono canto onomatopéico; y al fondo de la barranquera por donde se desliza humilde y silencioso el riachuelo, llega grave y melancólico aquel murmurio solemne, casi humano, interrumpido de cuando en cuando por el encontronazo de las olas con los escollos que del monte avanzan á su encuentro; encontronazo que retumba en todo el valle que allá abajo, muy abajo, verdea.

Nada más abrupto, nada más rudo y grandioso que este paisaje que intento describir. Decídmelo si tal paisaje no tiene la belleza subyugadora que puede ejercer sobre nuestro espíritu influencia moral capaz de llevarnos al más alto grado de sensibilidad para la especulación ética. Y sin embargo, á estas líneas hay que unir el color, cuyo encanto es indefinible.

Allí está el pinar, el pinar azul cuando el sol desaparece tras de la inquieta línea del Océano y de los valles se eleva la bruma, finísima, refrescante, que acompaña al crepúsculo vespertino; el pinar negro, cuando desde el cenit los rayos solares le hieren perpendicularmente y por los claros de los troncos de los pinos se mira el luminoso color cobalto del mar, sirviendo de fondo al bosque gótico y sombrío siempre; el pinar gris, cuando la niebla, á la carrera, salvando con silencioso vuelo picachos y altas crestas abate al cabo el fantástico volar para envolver en sus impalpables gasas húmedas las aldeillas del valle, le oculta ofreciéndolo á nuestra vista como inmaterial y fantástico coro de monjes encapuchados; el pinar á trozos de plata, á trechos negruzco, cuando la luna de enero le baña con los rayos de su luz fría y blanca, cual la del globo esmerilado que encierra la luminaria que alumbrará el final del siglo XIX; el pinar verde, cuando la tramontana invernal obscurece ó quema la hoja del álamo y arranca la del manzano y del chopo y la hierba del prado se torna del color de la tierra.

¿Fáltale á este paisaje algo que le saque de su estética y le muestre á los ojos del artista, más que como sujeto, como escenario donde se exhiban el amor, la familia, los estremecimientos de la pasión?.. Colocadle el tipo que le corresponde. Allá va la mocita, con su pañuelo de brillantes colores anudado sobre la cabeza y envolviendo las largas trenzas, el brazo desnudo, el rastrillo de madera al hombro y la soga de juncos en la mano, ceñido el talle por justillo prieto y sobre él corto pañuelo de talle estampado, los pies desnudos y canturriando la canción de sus abuelos. Allá está en lo más áspero del pinar el mozo robusto, inmediato á él la carreta á que están uncidos los mansos bueyes, hoz en mano talando el tojo, recogiendo leña seca, cargando el carro y desapareciendo al cabo en el hondo camino del monte. Allá está...

Qué quieren mis lectores; yo encuentro en este paisaje, hondamente místico, realismo hasta no poder más, motivo grande para, si de filosofar se trata, decir algo que contrastase con la filosofía de los otros géneros pictóricos. Pues qué, ¿no tiene tanta importancia y valor moral como el cuadro histórico,

ó el que representa hechos heroicos, ó tiende á mostrarnos una fase cualquiera de los grandes problemas de la vida moderna?

A este país de los pinos no llegan los chasquidos de la mina que el egoísmo, las ambiciones y las fórmulas positivistas de la sociedad moderna abrieron, á la par de los negros abismos donde la hulla torna de su color, el corazón y los deseos redentores del minero; ni llegan tampoco los lamentos del burgués que rendido por el titánico esfuerzo hecho para asirse del único cabello de la fortuna, rueda exánime, agotada la vida del espíritu, deshecho el cuerpo, aniquilado por la atmósfera mortífera que flota en estas grandes capitales, en estos circos, al parecer sin fieras, pero de donde todos salen heridos, mortalmente los más.

Al seno de estos vallecillos, guardados por espesos pinares, los que con las agudas lajas del monte les ocultan del resto del mundo, el arte como el artista debe venir á buscar vida, color, línea firme y robusta. Al seno de estos vallecillos no pueden ir la molición, la moda, el agiotismo, la cortesana, el político, el novelista de la neurosis, el pintor de las llagas de las lacras sociales, el pintor de la materia, de esa materia envuelta en sedas y con adobos de menjurjes olorosos y podredumbres de orgía. La moda, porque desgarrarían sus trajes el punzante tojo y la áspera peña; la molición, porque no podría caminar al borde del precipicio y pisando el quebrado sendero; el agiotista, porque se creería muerto para el fraude; el político, porque de maestro de conmovir las masas en el comité y en el Congreso, se encontraría pequeño ante la oratoria sin palabras de la Naturaleza, oratoria que así conmueve las entrañas del sabio como las del niño; el novelista de la neurosis, porque el mar le escupiría al rostro la vida que él no siente en sus venas ni presiente en la de sus modelos, y el pino le hablaría en lenguaje para él desconocido; el pintor, porque no adivinaría la profunda verdad de tanta y severa emoción estética como encierran el turbulento mar, el río montañés que escapa receloso como montañas legítimo por no ver gente, el estrecho valle, el empinado monte.

Toda esta filosofía, todo este valor estético, toda esta belleza plástica existen en el cuadro del género bucólico. En la reproducción pictórica de uno de esos grandes episodios de la guerra, el artista traslada al lienzo un movimiento exaltadísimo — hasta rebasar en ocasiones las lindes marcadas por la naturaleza á la razón — de un sentimiento grande, pero definido, concreto; en la reproducción del cuadro arriba descrito, el pintor debe fijar en el lienzo con parecido grande las líneas no advertidas en el paisaje, en el mar, en la figura campesina, más que por el artista mismo; líneas que son al cuadro bucólico lo que al militar el movimiento pasional, el espíritu dramático; lo que al histórico la compenetración psicológica de los personajes y del ambiente; lo que al de género el análisis íntimo y delicado del motivo social que lo inspire.

Para mí tengo por cosa cierta que esa interpretación del sentimiento místico que produce en el artista la contemplación de la Naturaleza, es cosa de por sí tan abtacta, tan difícil de concretar con el pincel, cuanto más dulce y serena y profundamente moral es. De ese encanto que se ve y se adivina á un tiempo en el espectáculo de la Naturaleza, brota viril, pero templada, la emoción estética, invadiendo el ánimo como las brumas el valle; así como mirando la función de guerra, esa emoción se produce en grado superlativo, pero obligando al espíritu y á los sentidos á una tensión terrible. Y sin embargo, por tan distintos caminos y con tan diferentes motivos viene el arte á cumplir una misma misión y á producir un mismo efecto.

Hablo de la misión del arte, y cualquiera creará que me refiero á algo utilitario, aun cuando esta utilidad sea, como entienden ciertas escuelas filosóficas, puramente pedagógica. No, ciertamente. Ya he dicho alguna vez y en este lugar mismo que el arte no puede, no debe ser dogmatizante ni pedagogo; sería limitar la esfera del sentimiento, de la inspiración, de la verdad, de lo bello. Lo que hay es que el arte, ejerciendo como ejerce influencia innegable sobre el espíritu, sobre nuestra sensibilidad nerviosa, sobre nuestro temperamento en cuanto parte éste tiene de psicológico, y como el objeto de aquella entidad es el de realizar lo bello, y lo bello está en la verdad, y la verdad por sí misma es siempre noble y única, y la más alta expresión de lo que no es sino lo que es, claramente se advierte cómo su influjo en el hombre ha de revestir un carácter eminentemente relativo por lo que atañe al sentimiento.

Y es indudable que, aun en el temperamento más rebelde para el gustar de las emociones templadas y puramente subjetivas del arte, éste ejerce influencia moral inapreciable, y le lleva á sentir la misma emo-



TIPO ÁRABE, dibujo de José Benlliure

ción y los mismos movimientos psíquicos que siente y gusta el temperamento opuesto, el de quien percibe los más pequeños y delicados motivos estéticos. Por eso el cuadro donde se representa el drama con todo sus incidentes y caracteres y el que representa un motivo como el que ofrecer pueda el bosque en el melancólico otoño ó la costa en el rudo invernal, concurren á un mismo fin y ejercen una misma influencia, bien sobre un temperamento, bien sobre otro.

Por eso he mirado con asombro á cuanto, así por lo que se refiere á la forma, al modo plástico, como por lo que afecta al motivo, al concepto inspirador, han pretendido defender una escuela y no admitir como bueno aquello que no haya sancionado la rutina.

Precisamente si el arte ha de ser, como es, grande, infinito, á la absoluta libertad lo ha de deber. Lo bello y lo verdadero no distingue el vicio de la virtud, ni lo ortodoxo de lo heterodoxo. Un pintor moralista tiene del arte una idea tan mezquina como de la eternidad el humano.

R. Balsa de la Vega

AL BORDE DE LA TUMBA

Tristemente impresionado regresaba á Madrid desde el cementerio municipal del Este, dejando en él, durmiendo su sueño postrero, á mi amigo de la infancia el ilustre abogado Pablo Díez. Todo había si-

do excepcionalmente extraño en aquella desgracia; el casi completo abandono en que mi pobre amigo había fallecido, contando con familia numerosa; el abultado sobre que poco antes de fallecer me había confiado, con el expreso encargo de que no lo abriera hasta después de su entierro; la recomendación de que su cadáver permaneciera tres días en el depósito y sin recibir sepultura, y la suplica de que yo le visitara en cada uno de los tres días.

¡Pobre Pablo! Siempre había sido maniático y extravagante; pero como esto no era un obstáculo para dejar de cumplir sus últimas voluntades, durante tres días le había visitado en el depósito de cadáveres, y una vez transcurrido el plazo habíase dado cristiana tierra á su cuerpo, con asistencia únicamente del capellán del cementerio y de mí. Allá quedaba en la zona de la izquierda del triste recinto, que lentamente va recibiendo á cuantos han representado algún papel más ó menos importante en la comedia de la vida humana.

Una vez en casa abrí el sobre, y en cinco pliegos de papel de cartas pude leer la siguiente narración que, cambiando nombres, me parece prudente dar á la estampa.

Tiene la palabra mi amigo.

I

En el mes de mayo último, hallándome á primera hora de la tarde paseando en el Retiro, caí á tierra con un síncope, que hizo suponer á muchos de los transeúntes, según supe más tarde, que había perdido la vida en él. Me es imposible en estos momentos precisar detalles del suceso: sólo recuerdo que perdí la vista, que me zumbaron fuertemente los oídos y que sentí un hormigueo extraordinario en el brazo izquierdo y pierna del mismo lado. Todo esto debió de ser cuestión de segundos, pues inmediatamente perdí toda noción de la vida.

¿Cuánto duró este fenómeno morboso?

Lo ignoro... Ni siquiera he querido preguntarlo.

Cuando pude darme cuenta de que aún vivía, lo hice con verdadero espanto. Me hallaba vestido y sobre mi lecho; pero imposibilitado de todo movimiento. Mis ojos veían, pero debían estar inmóviles; los sonidos fueron llegando á mi oído, primero muy vagos, después más acentuados y precisos. Quise gritar y no obedeció mi lengua; quise tirar del llamador de la campanilla y mi brazo permaneció inerte y falto de toda acción. Intenté incorporarme; quise llamar á mi mujer y á mis hijas, y comprendí que era imposible. ¿Sería aquello la muerte? ¿Sería una agonía de que no me daba cuenta?

...Lo único positivo era que mi cuerpo estaba como clavado al lecho, que yo no sufría dolores, y que lenta y gradualmente parecía volver á la existencia, aunque sin habla y sin movimiento, como ya he dicho.

Un reposado rumor de voces llamó muy luego mi



EN EL «PARC MONCEAU», cuadro de Ramiro Lorenzale

atención: los que lo producían hallábanse en mi gabinete, que comunicaba con mi alcoba; pero sólo uno de ellos me era conocido: el doctor Esquivias, mi médico, que ocupaba el sillón de junto á mi mesa; otros dos individuos ocupaban butacas.

— Es natural, decía el doctor: las pobres familias en estos casos se aferran á la más remota esperanza, y de aquí el haberles hecho venir, cuando todos estamos de más.

— Menos un forense, objetó sentenciosamente otro de los interlocutores.

— Y el resultado estaba previsto, siguió diciendo el doctor Esquivias; la lesión pulmonar complicada con los fenómenos cardíacos; una notoria insuficiencia mitral... El pobre D. Pablo ha arrastrado una vida ficticia, y lo verdaderamente milagroso es que no haya muerto antes.

— Gracias al cielo y á los conocimientos de usted, dijo el otro individuo que hasta entonces había permanecido callado.

— Al cielo, concedo; pero en cuanto á los conocimientos, la presencia de un especialista como usted se imponía en esta casa, y cien veces había recomendado que llamaran á usted.

— Y ¿deja bienes de fortuna?, preguntó el otro.

— Ignoro ese punto, respondió mi médico, aunque supongo que sí, porque su bufete de abogado era reputadísimo. Siempre me abonó religiosamente mi asistencia, y ahora su viuda hará lo propio con la cuentecita que la presentará, incluyendo la consulta de ustedes, si les parece.

— Es natural: la pobre señora no estará ahora para nada.

— Despídanos usted de ella, amigo Esquivias, pues tengo que marchar.

— ¿Pesa mucho el trabajo?

— No tanto como sería de desear. Voy á ver cómo sigue de su jaqueca la generala Egea.

— Pues yo, dijo el otro, me voy á casa de la baronesa del Campo.

— ¿Está enferma?

— Como ella quisiéramos estar... Voy á convencer al barón de que es de todo punto necesario para la enfermedad que supone padecer su esposa, que la lleve, ó mejor aún, que la deje ir este verano á Cauterets. Aquellas aguas producen también un efecto mágico á un amigo de los barones.

— Este es el mundo...

El doctor Esquivias tocó un timbre y se presentó mi criado, mi fiel Bautista, con abrigos y sombreros. Después las voces fueron alejándose...

— ¡No me habían dirigido aquellos hombres una sola mirada!

II

En cambio y apenas salieron de mi despacho los doctores, entraron un momento varios amigos de la casa, clientes, vecinos y algunas mujeres, entre ellas mi mujer y mis dos hijas.

— Yo continuaba viéndolo y escuchándolo todo; pero inmóvil, mudo, yerto.

— Le ha matado el exceso de trabajo, decía mi esposa, y su empeño por lucir á las chicas, con el carruaje á diario, el turno en el Real, los trajes de París y los viajes de verano.

— ¡Mi mujer acusándome..., suponiéndome autor de sus despilfarros y del de mis hijas!.. Hasta puntualizaba su acusación, diciendo lo del abono al teatro Real, que yo había combatido siempre, teniendo al cabo que transigir en aras de la paz doméstica.

— ¡Y ya se acabó todo!, añadió la mayor de mis hijas.

— Ya sólo podemos pensar en los lutos, agregó la pequeña.

— Con lo cual estará usted preciosa, le dijo en un aparte un gomoso, que aunque había frecuentado mucho la calle, ignoraba yo que subiera á mi casa.

— Y en el entierro, dijo mi mujer. Aunque nos quedemos sin un real, quiero que el pobre lleve la gran carroza de la funeraria y media plana en *La Correspondencia*.

— Hay que buscar la lista de las señas, interrumpió mi hija mayor.

— La tendrán los pasantes en su despacho.

— Pues hay que dar con ella, dijo una señora mayor, á la que siempre había consagrado involuntaria antipatía. Ya que la desgracia es irremediable, hay que cumplir con todas las relaciones y pensar en el mundo, puesto que en él habéis de vivir.

Y mis dos hijas, ligeras como si se tratara de acudir á una fiesta, se alejaron casi corriendo y seguidas del mozallete que utilizaba para sus requiebros amorosos aquellos tristes instantes. Algunos los siguieron y otros se quedaron hablando en voz baja.

— ¡Eal, dijo entonces la señora mayor: no se apure

usted, que un esposo como D. Pablo lo mismo da tenerle en el cementerio que en casa. Si usted quiere haré que los periódicos de mañana publiquen un gran elogio del difunto, que esto contribuirá á que asista más gente al entierro, y de paso avisaré á la funeraria... Están ustedes con mucha calma. Cuando murió mi difunto, lo tenía yo todo tan preparado que creo que no había exhalado aún el último suspiro y ya estaba como un príncipe metidito en su caja y en la cama imperial...

Cada vez que recuerdo aquellas conversaciones, me produce tan terrible efecto que ignoro cómo pude sobrevivir á ellas. Pero así estaba escrito; y yo seguía inmóvil, cadavérico, viéndolo todo con espantados ojos, oyéndolo todo y sin poder hablar ni dar señales de mí.

III

El tiempo corría entretanto: el péndulo del reloj me lo advertía incesantemente, y en mi despacho hablaban en voz baja.

Pero no eran la señora mayor, ni mis hijas, ni los vecinos, ni el pollo almibarado: eran mi mujer y mi primer pasante Martínez, á quien yo había sacado de la nada, asociándole á mi bufete, y en quien siempre depositara omnimoda confianza. Hablaban en voz baja; pero mi oído, más fino que nunca, percibía todas sus palabras. Estaban distantes, pero mi vista seguía todos sus movimientos. El, sentado junto á mi mesa de despacho, iba abriendo uno tras otro todos sus cajones, y examinando ligeramente sobres, apuntes y legajos: ella, de pie é inclinada sobre el respaldo, le hacía insinuaciones y advertencias.

— Es inútil, decía mi esposa; creo que lo del testamento no pasó de proyecto. ¡Era tan descuidado!..

— En último resultado, observaba él, todo se reduce á un sencillísimo *ab intestato*, gracias á las niñas; pero prosigamos buscando...

— No, no te molestes.

«¡No te molestes!..» Creí haber entendido mal; no era posible que mi mujer emplease una fórmula de confianza á que yo no me había atrevido nunca.

— Bueno; ya buscaremos más despacio, porque no sólo es el testamento lo necesario. Hay que reunir todos los resguardos y garantías de su fortuna; hay que hacer un inventario de sus créditos y de sus débitos, para asegurar *tu* porvenir y el de *tus* hijas. Pero no te apures, que para eso estoy yo aquí y para algo fuí depositario siempre de la mayor confianza de Pablo.

Así..., Pablo á secas.

Mi esposa, sin duda por el buen parecer, se llevó el pañuelo á los ojos.

— Tienes que armarte de fortaleza, le decía Martínez, pues estos trances siempre son muy amargos. Pero yo velaré por vosotras, salvaré vuestra fortuna y seguiré en el bufete para el despacho de todos los asuntos pendientes.

— Sí..., sí... ¡Pero me quedo sin marido!

Entonces pasó una cosa horrible y que recuerdo con espanto. Martínez, agarrando á mi esposa por la cintura, la impulsó suavemente hacia sí, fijó sus ojos en los de aquella mujer y dijo en voz baja..., muy baja:

— ¿Sin marido?.. Eso será porque lo quieras así.

Una nube, no sé si de sangre ó de llanto, nubló mi vista, y volví á quedar sumido en la obscuridad.

IV

Cuando de nuevo distinguí los objetos, no estaban allí mi mujer ni mi primer pasante.

En cambio entraba y salía en el gabinete mi fiel criado Bautista. Una vez, después de observar por junto á la puerta de entrada, se arrimó á mí, llevando un traje negro que depositó á mi lado, registró los bolsillos de mi chaleco é hizo pasar á los del suyo varias monedas de oro y plata, que llevaba yo encima; me sacó del bolsillo interior de la levita la cartera y extrajo de ella varios billetes de Banco que guardó arrugados en el bolsillo del pantalón; y en tanto que penetraban en mi despacho varios hombres conduciendo una caja de cinc, dosel, túmulo y cirios, Bautista colocó un quinqué sobre mi mesa de noche y empezó á darme rudas sacudidas para aligerarme de las ropas que llevaba, murmurando entre dientes:

— Preparemos el *pelele*.

Ignoro si fué el terror, la soberbia ó los movimientos que sufrí mi cuerpo lo que produjo la reacción: el caso es que mi lengua pudo articular angustiosamente: «¡No! ¡No!» en tanto que una de mis manos derribaba el quinqué puesto á su alcance y la otra se aferraba á los cabellos del criado, mientras éste y los dependientes de la funeraria, poseídos también de espanto, gritaban:

— ¡Luz!.. ¡Luz!.. ¡El señor ha resucitado!

¿Comprendes ahora, amigo mío, por qué he querido que seas cumplidor de mi última voluntad?

¿Comprendes los tormentos que habrán acibarado mi vida desde el suceso referido, mi alejamiento casi completo del mundo, mi repulsión á la familia, la despedida de casa de mi pasante Martínez y de mi criado. Bautista, mi quiebra con el doctor Esquivias y mi deseo de que mi cuerpo estuviera tres días sin enterrar?

¡Ah! Qué bien lo dijo un famoso autor cómico:

«Para aprender á vivir
no hay cosa como morir...
y resucitar después.»

M. OSSORIO Y BERNARD

LOS SUCEOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

IV

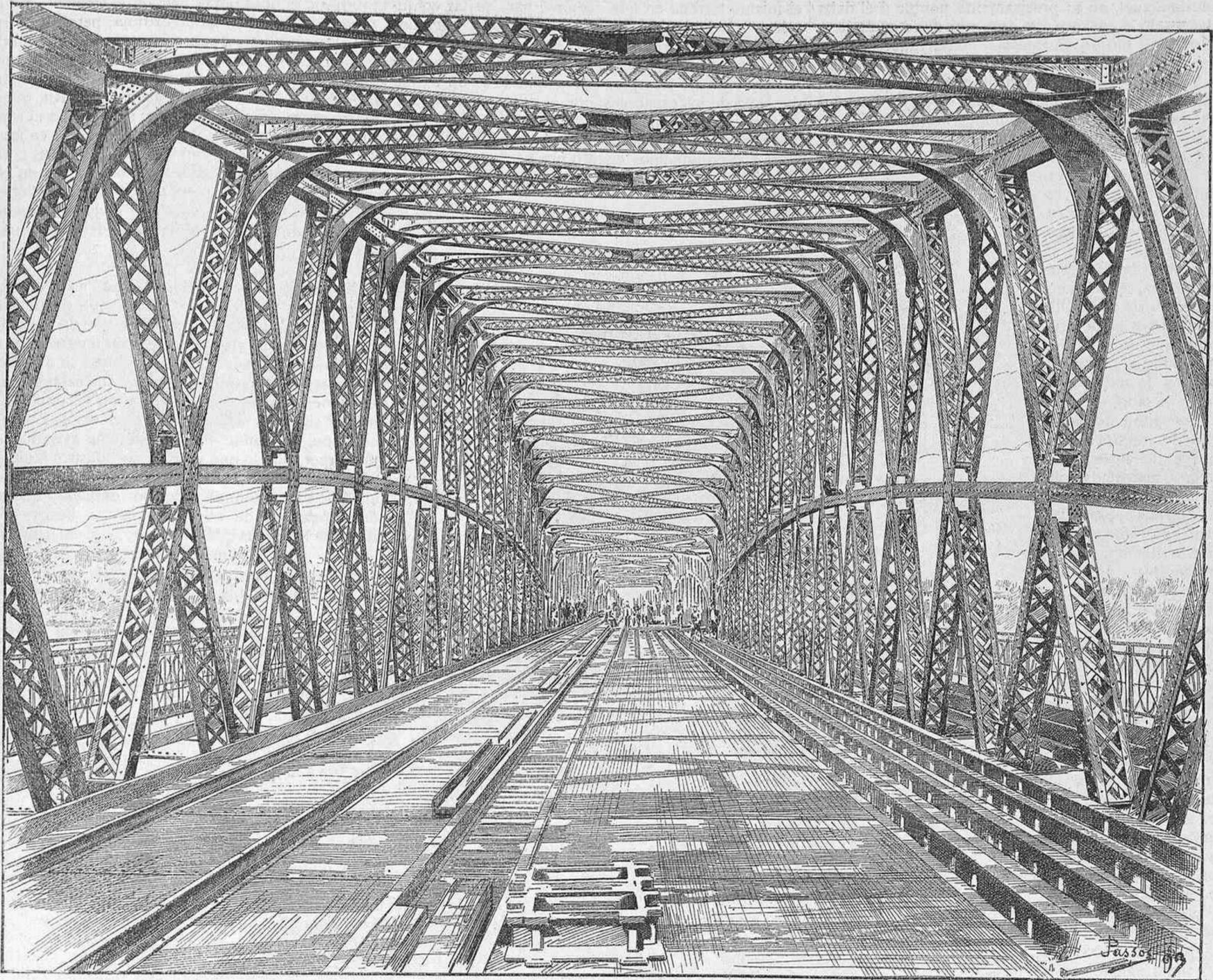
Más importante que todo en esta cuestión, más triste, más profundo, porque se nos ha metido en las entrañas y en los huesos como dolor gangrenoso, es la nota de haber sido llamadas las reservas inútilmente y sin previsión de ninguna clase, para que al llegar esos hombres á su destino contaran al punto con los elementos de vida necesarios. Con la inquietud, con la prevención que hay en España contra todo lo que los ministros puedan hacer y que de los ministros venga, un motivo que en otras ocasiones y con otro gobierno pasaría como inadvertencia remediable, ahora es fundamento para que el clamor se escuche en toda España como un alarido indignado de protesta...

¡Qué frío hacía! El aire azotaba los rostros; desde el interior templado del gabinete, ¡qué bien contemplábase al través del cristal las caras ateridas de los transeúntes! Las hojas de los árboles, como lluvia de partículas de oro oxidado, caían con lentitud extendiéndose por las ramblas en alfombra amarilla; el cielo cubrió sus hermosuras con siniestra máscara de plomo, y por esa alfombra y bajo ese cielo y con aquel aire helado que encogía los músculos hicieron su entrada en Barcelona los hombres de las reservas, á cuerpo, con blusilla los más, encorvados por el frío, metida la cabeza en los hombros, las manos en el pecho, en los bolsillos, ó cruzándose de brazos para darles calor entre éstos y el pecho. Así los vi pasar á sus cuarteles, adusta la cara, los ojos fijos y el pensamiento distante. ¡Ni esos rostros plácidos, ni esas risas bulliciosas, ni esa despreocupación y atolondramiento feliz del soldado español! Nada. Únicamente faltábales la cuerda para que aquellos hombres hubiesen parecido presidiarios.

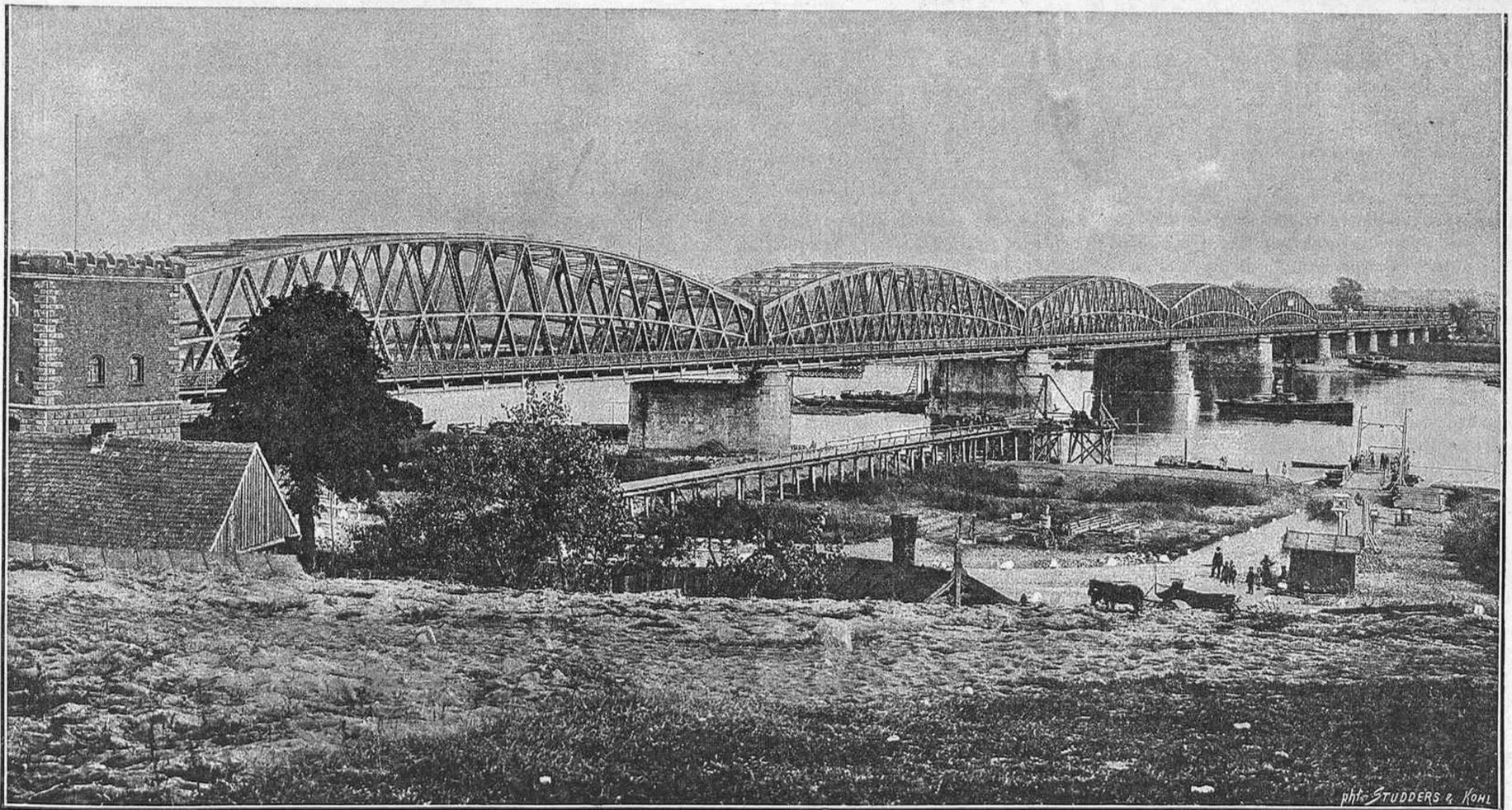
¡La partida, más dolorosa y más cruel que el arribo! ¡Oh contraste! Brisa templada besa los rostros; desapareció la alfombra de tonos amarillos; el cielo no tiene la máscara siniestra; lo único pavoroso que se nota en aquel cuadro de hermosuras, que el sol ilumina fríamente, es la despedida hecha á aquellos hombres por la multitud que lo invade todo; porque no es la despedida que se hizo á los soldados del *Menorquín*, el *Turia* y el *Nuevo Mahónés*: eran libres allí todos los hombres, y dispuestos á pelear por su patria; hombres de patriotismo son también ahora, pero dejan casi todos al partir un hogar deshecho, una mujer que gime, hijos que tendrán hambre... No, no es el viva patriótico lo que llena ahora los aires y los corazones; es el grito lastimero de la mujer desesperada y el llanto del niño — florecilla triste, á quien se arranca del tronco robusto que, quizás, en adelante no le nutra ya con su savia ni su hálito caliente.

En aquella despedida todo aplaudió; en esta todo llora.

Para los ilusos, para los optimistas, la desilusión no puede ser más triste; en vano queremos poner la gasa dorada de nuestra imaginación delante del hondo abismo que abre á nuestros pies su gigantesca boca; en vano queremos poner más oro en ese tul con esperanzas inverosímiles; mas ó menos dorado, el tul siempre se transparente y la boca del abismo está allí; que lo diga, si no, el gobierno actual y la gestión de ese gobierno, no en el asunto de Melilla precisamente, sino en cualquiera de los detalles, por ínfimo que sea, de ese mismo asunto, desde el primer tiro disparado por las tropas españolas, hasta el momento solemne de la conferencia de Macías y Muley Araaf. Todavía se ha tenido bastante ilusión para dar importancia á esa conferencia y esperar ansiosos su resultado, debiéndose comprender de nuevo que nada útil, nada positivo, nada verosímilmente hacedero se podría alcanzar de esa entrevista. Al aludir al mi-



INTERIOR DEL NUEVO PUENTE SOBRE EL VÍSTULA, EN FORDON. Dibujo de Passos, tomado de una fotografía



NUEVO PUENTE SOBRE EL VÍSTULA, EN FORDON (de una fotografía de O. Ewald, de Bromberg)

nisterio actual, no es precisamente porque á él deba achacársele el pecado; con otro ministerio cualquiera ocurriría lo mismo: fusionistas, conservadores, republicanos, todos, hay que decirlo de una vez: no son los ministerios, no son las instituciones, es la nación misma. ¿Acaso los ministerios no salen de España? ¿No somos tan españoles como los ministros? No es España nación para nada útil ni práctico; una enfermedad nos pierde, la apatía; es la gangrena que come nuestro corazón, estamos en la agonía; tenemos fuerzas, gran robustez; por eso, la agonía es larga y dura siglos; pero la gangrena nos matará, todo lo acusa; la historia de Melilla desde que es plaza española, ¿qué es sino una formidable y aterradora muestra de nuestro carácter viciado, de nuestro encogimiento paulatino, de nuestra decadencia, de nuestra sequedad, sustentada solamente con rancios orgullos que nos impiden ver con sus ofuscaciones nuestra silueta raquíctica, recortándose con sus protuberancias deformes en la luz esplendorosa de la verdad?

Observadlo y hallaréis que por apatías pasadas fué preciso comenzar esa guerra vergonzosa, donde sólo se habló de castigos enérgicos para los del Rif, siendo nosotros hasta ahora los castigados únicamente; por apatía fueron asesinados, mutilados, profanados nuestros hombres; por apatía murió el 28 de octubre aquel general de quien parece que todo el mundo se olvidó; por apatía se derramó tanta sangre hasta hoy en los campos del Rif, y por apatía no sabe el gobierno lo que hacer, ni sabe cerebro humano por mucha magnitud que tenga, no ya predecir, hoy 25 de noviembre, en que este párrafo se escribe, lo que resultará de ese engendro repugnante que se llama asunto del Rif, sino de llevarlo á camino fácil para la resolución que menos nos avergüence. No hay hombres; las energías se gastaron; aquellas grandes aptitudes de nuestros políticos y nuestros guerreros de ayer, últimas muestras de nuestra savia perdida, no existen... ¡Altivos troncos que derribó el hachazo de la muerte, sin dejar un solo brote que hoy pueda darnos su aroma y fortalecernos con el apoyo de su brazo robusto! Los grandes héroes de la guerra del 60: los Prim, los O'Donnell, los Olanos; aquella pléyade de guerreros invictos han sido hasta ahora, en la guerra de hoy, un capitán de guerrilleros y unos pobres presidiarios. Honor al capitán Ariza y á los suyos; pero España no necesita allí cazadores de fieras, necesita generales sabios y de corazón que lleven á nuestros hombres á la victoria, fortificando así sus espíritus abatidos con la inercia en que viven y la humillación de un agravio que necesitan lavar.

Pero voy á lo trivial, á lo artificioso, á lo de siempre, á la gangrena. Verifícase la entrevista del gobernador de la plaza y Muley Araaf; al fin los ministros tienen datos muy interesantes sobre ella; son las doce en punto de la mañana; es la hora de la entrevista; verifícase en el campamento de instrucción; se presenta el príncipe; le precede el bajá del campo y le escolta un cuerpo de infantería y caballería; el gobernador de la plaza se adelanta y saluda á Araaf; el regimiento de Santiago forma en línea y hace los honores; las brigadas forman también, pero cada una en

el mismo terreno en que acampa, para evitar confusión. ¡Qué lindo cuadro! ¡Cuán vistoso! Los cascos brillan, los banderines flotan... Pero lo más bello será oír al príncipe: el príncipe habla; habla para entonar la cantilena de siempre: que el sultán es un amigo del alma de los españoles; que el sultán va á morir de pena si los españoles no queremos ser sus amigos; que el derecho de España es justo; que nadie debe prohibir que edifiquemos cuanto nos parezca en territo-

Presintiéndose por la opinión el resultado de la famosa conferencia, á nadie extraña; pero se quería la confirmación oficial para ver entonces la actitud del gobierno: la efervescencia y expectación empiezan otra vez, alienta un poco la esperanza de que sepamos ser dignos ante esa nube del asunto del Rif que nos amaga para inutilizarnos por siempre en el sentido moral, ó para que nos permita levantar la cabeza sin rubor, probando que somos españoles aún; el corazón alienta de nuevo, el espíritu flota otra vez en claros mundos de gloria...; pero, ¿á qué negarlo?, flota con un miedo horrible de caer á lo mejor y despeñarse, embadurnando con la inmundicia del fondo sus alas blancas.

Esa actitud del gobierno, esas manifestaciones enérgicas al sultán, ¿son reales? ¿Son de buena fe? ¿No es una campanada patriótica que da el gobierno con intención de vivir aún, mientras nuestros sentidos, ganosos de fantasías, se adormecen á su arrullo otra vez, y se anegan embelesados en sus halagadoras vibraciones? No, no es posible; seamos pesimistas, pero no por sistema; seámoslo por prevención y para que el golpe, de donde viniere, nos coja avisados. Vale más creer, que lo que ya dije de nuestro raquitismo y nuestra miseria; convicción dolorosa que está en el alma de todos, aunque todos por debilidad queramos desprendernos de ellos en vez de buscar ávidamente la medicina que nos cure; que esa convicción — digo — por lo mismo de ser tan triste, tan fría, tan cruel, lleve al gobierno á una reacción restauradora y saludable... Corto de raíz porque conviene más no pensar en eso, y continúo anotando los puntos más salientes que arroja la crónica de estos días.

En toda España se comenta la contestación del gobierno á Muley Araaf; en ese mismo consejo en que se acuerda la contestación, despuntan como de costumbre las dos notas más opuestas que en el gabinete hay: López Domínguez pide acción inmediata, radical, furiosa; afirma que en Melilla esperan órdenes 16.000 soldados y que están 8.000 dispuestos en Andalucía para marchar al punto. Moret todo lo opuesto: pide mucha quietud, pide mucha calma: ¿esperará Moret el resultado de otras habilísimas negociaciones, que pudiera haber entablado ya? ¡Qué inquietud, qué pavora nos acomete á tal pensamiento!

Entretanto la crisis ministerial parece innegable; toda la prensa clama; los momentos son críticos; los cabildos, las conferencias, las *interviews*, la comidilla, en fin, la eterna comidilla de siempre va adquiriendo un olor especialísimo de manjar suculento. Se habla de la dimisión de Moret, de la del ministro de la Guerra; éste jura y perjura que á Melilla ó á su casa. Háblase también de un gobierno nacional;... pero cuando más segura se cree la marcha de López Domínguez al campo de operaciones; cuando está en el ánimo de todos que López Domínguez conservará, sin embargo, la cartera, encargándose interinamente del despacho el general Serriá, se sabe de pronto que Moret no dimite, que á López Domínguez se le ha convencido y que se nombra á Martínez Campos general en jefe del ejército de operaciones en Africa. La *Gaceta* publica el nombramiento, y se oye un clamor universal de aplauso; ya hay un hombre independiente y enérgico acudiendo las tropas españolas, y á este hombre por mil circunstancias, conocidas de todos, se guardarán muy bien nuestros gobernantes de traer y llevar sin motivos serios y gravemente fundamentados.

La creencia es unánime: con Martínez Campos en Melilla, ó se avanza de una vez arrojándolo todo, ó de una vez se concluye, acabando al fin, sea como fuere y cuanto más pronto mejor, con estas agonías é incertidumbres dolorosas.

El tiempo era malo en Melilla; mejora mucho; los temporales se aplacan; parece que todo se alegra; hay gran actividad y animación con la esperanza de próximas é importantes operaciones. Macías manda al campo enemigo á un moro, ardiente partidario de



TIPO ÁRABE, dibujo de José Benlliure

rio español; que se dará á las kabilas tremendo castigo; pero... pero que pide un plazo para que pueda el sultán llegar á Fez á fin de alejar las kabilas del interior: insiste mucho; Macías, en nombre del gobierno, niega; no hay plazo que valga; ni un minuto de detención se dará á los trabajos, ni al envío de tropas á Melilla, si nos conviene. Araaf insiste aún y pide más todavía; pide que los rifeños puedan entrar en la plaza; que reanuden sus negociaciones comerciales; que comience de este modo la dulcificación de asperezas; Macías niega también, aprieta el príncipe en sus peticiones, ofrece rehenes, ofrece cortar mil cabezas como corte de cuentas, y Macías continúa en su enérgica actitud, de que impone al gobierno; el gobierno dice á Macías inmediatamente que aprueba su conducta, y en nombre del gobierno también hace saber Macías al príncipe que España mantiene la reclamación, exigiendo el estricto y rápido cumplimiento del artículo 7.º del tratado de Vad-Ras; España, en fin, dice al príncipe, que declina sobre el imperio de Marruecos toda clase de responsabilidades, y que no es ya con las hordas del Rif con quien ha de entenderse, sino con Marruecos mismo. Resumen: que Araaf se aleja de nuestro campo, encogiéndose de hombros ó poco menos, como dando á entender que hizo todo lo que pudo, y que no puede él con las kabilas, ni cree que pueda el sultán tampoco.



TIPO ÁRABE, dibujo de José Benlliure

España. Este moro regresa y dice que los rifeños están atrincherados desde el cabo de Tres Forcas hasta la frontera argelina; dice también que los moros no sufrieron grandes pérdidas, y esto inspira dolor y coraje á los españoles que anhelan represalias como se anhela el bien único. La nota alegre repercute después en el campo con más tensión; es para recibir á los nuevos regimientos que llegan; Muley Araaf escribe entretanto á Macías reiterándole su petición de que permita la entrada á mercaderes rifeños, se le niega otra vez, y mientras, Martínez Campos se pone en camino y se sabe que el ejército de operaciones se formará así:

General en jefe, capitán general D. Arsenio Martínez de Campos.

Primer cuerpo: Comandante en jefe, teniente general D. José Chinchilla.

Segundo cuerpo: Comandante en jefe, teniente general marqués de Estella.

General jefe de Estado Mayor, general Macías. Segundo jefe, el general de brigada D. José Bascarán.

Cuartel general: Jefe, general de brigada D. Angel Aznar; y estarán allí también los generales de divi-

otros tendríamos resultados más positivos. ¿Por qué no dejarlos que se destrocen? Toda la sangre que ellos viertan será sangre preciosa ahorrada á nuestro ejército.

Pero es imposible continuar; concluyo esta crónica en medio de la gran expectación de los españoles; cuando con más bríos vuelven al corazón las esperanzas; cuando la ilusión abre de nuevo y de par en par sus puertas de oro en los hombres

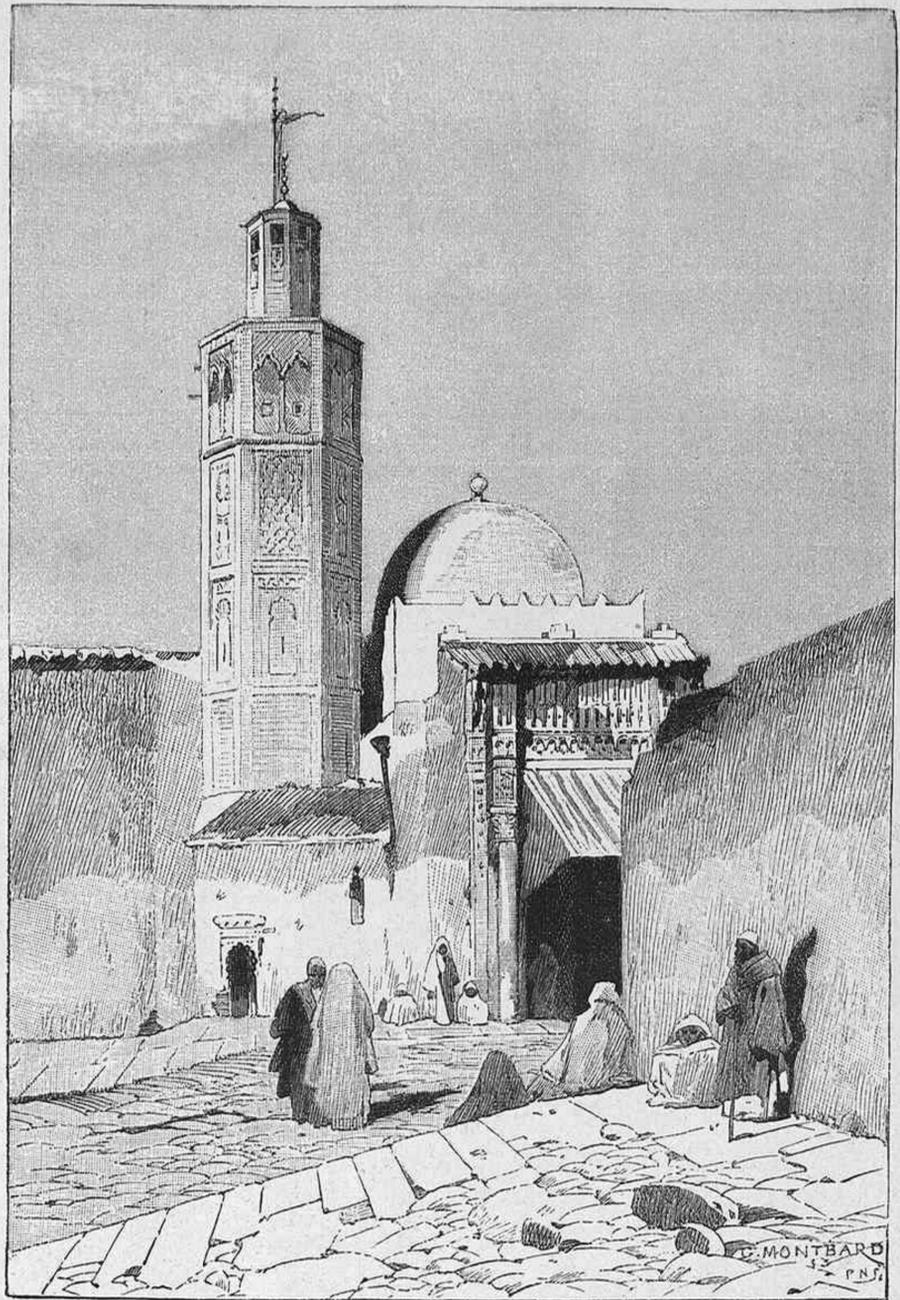
sencillos y de buena fe; cuando se discuten con más calor las determinaciones del gobierno; cuando Martínez Campos llega á Melilla, después de una marcha triunfal y de una ovación en cada ciudad y en cada aldea del trayecto; cuando empieza á construirse el reducto que originó el combate del 27, en el que trabajan cien penados y muchos ingenieros; cuando por el sultán se hacen apresuradamente requisas de tropas, sin que se sepa si son para combatir á las kabilas ó á los españoles, y cuando todo el mundo piensa, en fin, que el nombramiento de Martínez Campos para general en jefe del ejército de operaciones será un agua poderosa que queme todo lo gangrenado y ahonde la quemadura hasta llegar á los huesos, con tal de que resulte completa la cauterización.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

TÁNGER (1)

Los ingleses, que poseyeron esa plaza desde 1662 á 1664, conservaron en ella después de esta fecha gran influencia que poco á poco ha sido sobrepajada por la de Francia. Tánger es, por decirlo así, el centro de comunicación entre Marruecos y los Estados civilizados de Europa, todos los cuales tienen allí sus cónsules ó sus residentes. El gobernador de Tánger y de su provincia es el ministro de Negocios Exteriores del sultán de Marruecos, y de aquí la importancia que tiene desde el punto de vista internacional la ciudad. Extiéndese ésta formando anfiteatro junto á la bahía de su nombre, hállase rodeada de una muralla en bastante mal estado y está dominada por la ciudadela y defendida su rada por una serie de baterías escalonadas. Sus calles, como las de todas las ciudades árabes, son irregulares, estrechas y sucias, y tiene varias y hermosas mezquitas, un convento de franciscanos con una capilla, que es el único templo católico de todo el imperio; varias sinagogas, y algunos hoteles europeos. Tánger cuenta 20.000 habitantes, en su casi totalidad árabes: hay también

(1) Véanse los grabados de la pág. 786.



UNA MEZQUITA EN UAZÁN, dibujo de G. Montbard

allí bastantes judíos y algunos europeos, los más de éstos atraídos por el benigno clima de que en aquellas costas se disfruta.

Para los europeos Tánger tiene muchos atractivos, pues aparte de la novedad que para los de nuestro continente ofrecen el lugar, sus habitantes y los usos y costumbres de éstos, la colonia extranjera celebra frecuentes reuniones, y organiza animadas excursiones á los pintorescos alrededores é interesantes partidas de caza en los extensos bosques vecinos.

El artista encuentra en la capital marroquí asuntos inagotables para obtener maravillosos efectos de luz y de color y copiar hermosos tipos de mujeres, tomando por modelo, ya que son las más abordables, las bailarinas berberiscas, que ejecutan sus danzas en el interior de la ciudad ó delante de las tiendas que algunos indígenas y askaris tienen levantadas en sus cercanías. - X.



TIPO MORO, dibujo de G. Montbard

sión Berriz y Salcedo; los de brigada Ortega, Monroy, Castillejo, Ribera, Echagüe, Molins y otros que no han sido nombrados aún.

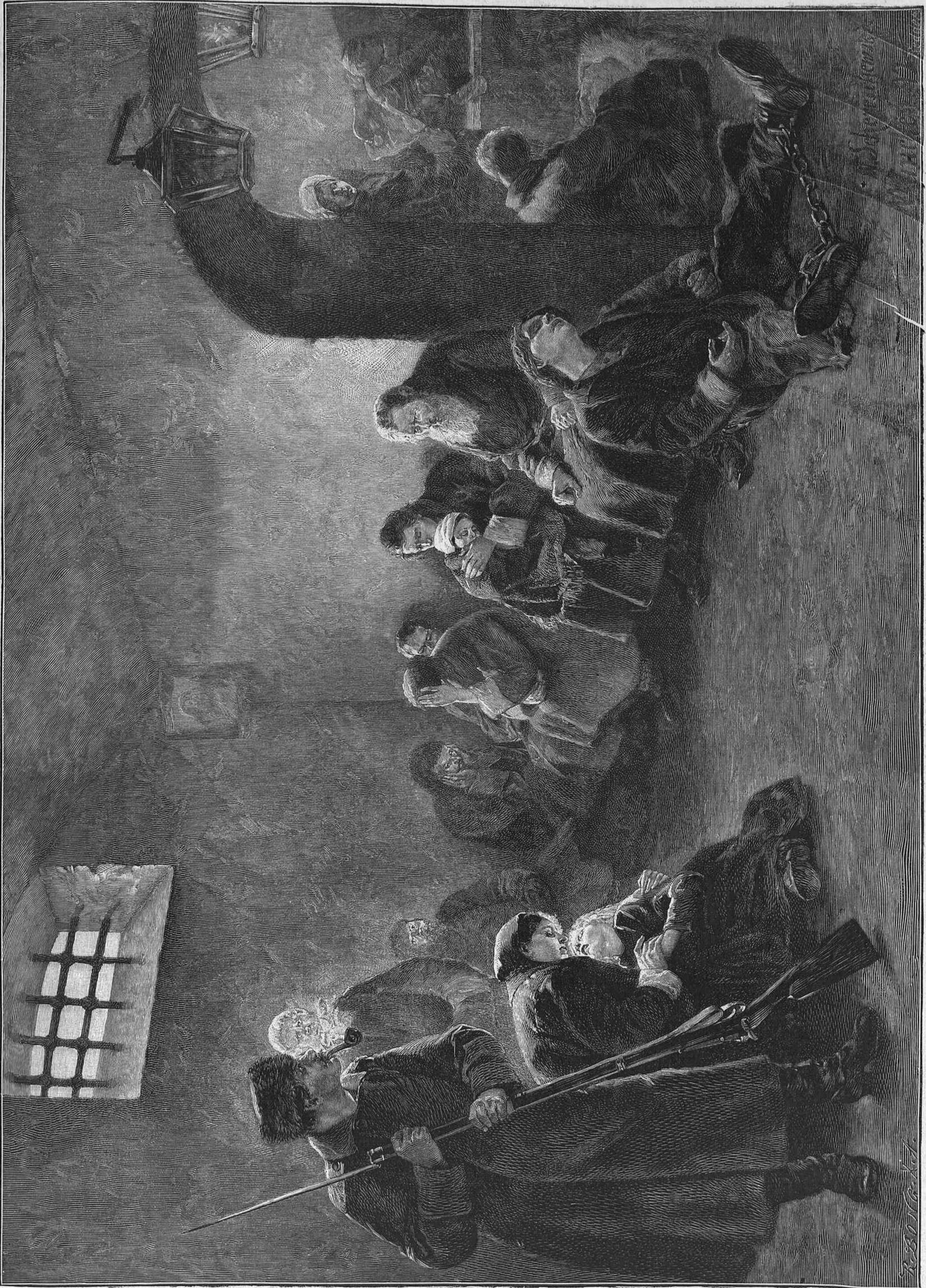
Como comprobación de la fuerza moral y del poder grandísimo que el enviado del emperador de Marruecos ejerce sobre las kabilas, y con esto, el emperador mismo, viene una súplica del príncipe Araaf para que se le permita guarecerse en el campo español contra las iras rifeñas; el primer movimiento de los gobernantes y de España es el de siempre, el qui-jotesco, el hidalgo, el de ampararle; pero es una torpeza; como hidalguía, sí; como razón de Estado, no; dejando al príncipe á su buena ó mala fortuna, más pronto se entendería el sultán con las kabilas y nos-



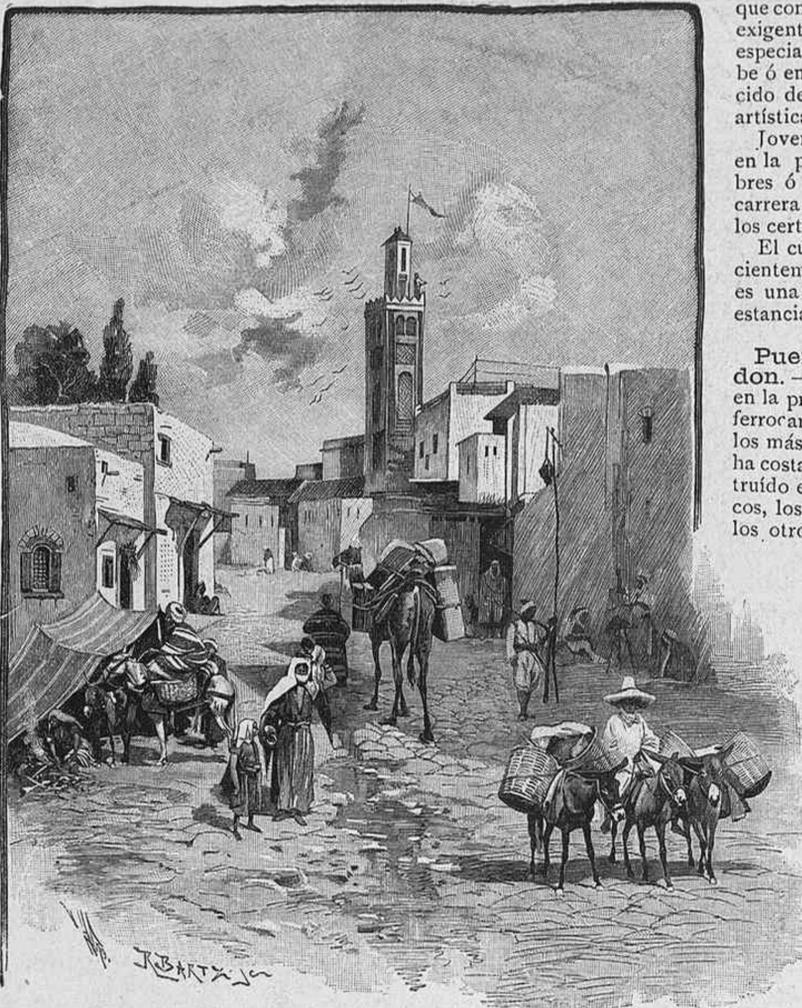
MÚSICO ÁRABE, dibujo de G. Montbard



MARTIRES CRISTIANOS EN EL CIRCO, cuadro de J. Mantegazza.



DESTERRADOS A SIBERIA, cuadro de W. Schereschewski



Mezquita de Tánger

NUESTROS GRABADOS

Muerte del beduino, cuadro de C. R. Huber. - El desierto es su elemento; allí nació, allí vivió errante, allí muere abandonado el beduino. Su existencia más tiene de la de la fiera que de la del hombre: come cuando puede y lo que puede; montado en su escuálido caballo, que corre como el viento, y armado de la espingarda ó del fusil, cada uno de cuyos tiros cuesta una vida, recorre la arenosa y ardiente llanura acechando el paso de una caravana para satisfacer en ella sus rapaces y sanguinarios instintos. Un encuentro desgraciado, el hambre ó la sed acaban con él, y su cuerpo allí queda á merced de algún ave de rapiña ó de una fiera que por tales sitios se aventure. El cuadro de Huber aterra en medio de su sencillez: un cadáver tendido sobre la arena, un caballo que relincha tristemente junto al que fué su dueño y una nube de polvo que el viento levanta en aquella caldeada atmósfera han sido para el notable pintor alemán elementos suficientes para componer una obra de efecto sorprendente.

Tipos árabes, dibujos de José Benlliure. - ¿A qué elogiar una vez más á nuestro ilustre compatriota D. José Benlliure? La honra que nos dispensa colaborando frecuentemente en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ha dado á menudo ocasiones para hablar de su vida y de sus obras y para ensalzar sus méritos cual se merecen. Los dibujos que hoy reproducimos hízolos Benlliure durante un viaje que ha poco realizó á Africa, y bien claro se advierte la impresión del natural en esos tipos árabes llenos de vida y trazados con un vigor y una seguridad que desde luego revelan la mano de un maestro.

En el Parc Monceau, cuadro de Ramiro Lorenzale. - Hijo y discípulo Ramiro Lorenzale del respetable D. Claudio Lorenzale, que tanto ha significado en el renacimiento artístico en nuestra región, continúa las tradiciones de



Bailarina berberisca en un campamento de askaris

su familia. Laborioso y entusiasta por el arte, que con provecho cultiva, es, quizás, demasiado exigente para consigo mismo, ya que demuestra especial empeño en vencer dificultades y no exhibe ó enajena sus obras hasta que, si no complacido de su labor, hállese satisfecha su severidad artística.

Joven todavía, ha sabido ya distinguirse, así en la pintura de género como en la de costumbres ó genuinamente española, y cuenta en su carrera artística algunos triunfos logrados en los certámenes y exposiciones.

El cuadro que reproducimos, adquirido recientemente por un acaudalado coleccionista, es una bellísima producción, recuerdo de su estancia en la capital de la vecina nación.

Puente sobre el Vístula, en Fordon. - Este puente, recientemente inaugurado en la provincia de Posen, es, como puente de ferrocarril, el más largo de Alemania y uno de los más largos de Europa: tiene 1.325 metros, ha costado 10 millones de pesetas y se ha construido en dos años y medio. Consta de 18 arcos, los cinco del río de 100 metros de ancho y los otros de 62. La construcción superior del puente es de hierro fundido, habiéndose empleado 11 millones de kilogramos de este metal. Las vías están colocadas entre los montantes: la distancia entre éstos es de 10 metros, de los cuales aquéllas ocupan 4'15 y el camino para tranvías y otros vehículos 6'50. Entre las vías y este camino se alza una verja de 2'50 metros de altura. En la parte de afuera de los montantes hay á cada lado del puente un camino de 1'50 metros de ancho para peatones. El autor del proyecto de este puente y director de la construcción de hierro es el ingeniero Merthens, de Bromberg, muy renombrado en Alemania por otros trabajos análogos.

La mezquita de Uazán. Tipo moro. Un músico árabe, dibujos de Montbard. - Uazán, la ciudad santa, se halla situada en la vertiente septentrional del Sebú, á mitad del camino entre

este río y Alcázar-Kebir, en una comarca fértil, poblada de olivos y de encinas. El scherif de Uazán es el santón más importante de todo el Magreb, como descendiente directo de Mahoma, y su influencia hubiera podido superar á la del mismo emperador, el cual no es considerado como verdadero soberano sino después de haber recibido de él el debido homenaje. La mezquita que se alza sobre la tumba del santo fundador de la ciudad fué construída por Muley Abdallah; su esbelto alminar está cubierto de preciosas porcelanas, y en su interior se encierran innumerables riquezas y una magnífica colección de manuscritos árabes. El tipo moro y el músico árabe que publicamos son dos bellos ejemplares de la raza que puebla la ciudad de Uazán y sus alrededores.

Mártires cristianos en el circo, cuadro de J. Mantegazza. - Aunque la escena que este lienzo representa ha sido cien veces reproducida, Mantegazza, á fuer de artista de buena cepa, ha sabido hacer, no un simple cuadro más sobre el mismo tema, sino una obra notabilísima, en la que sobre el abocetado fondo de la multitud apiñada en las gradas del circo destaca un grupo bellísimo, de gran efecto dramático por el contraste entre la exaltación religiosa del hombre que parece querer detener á las fieras enseñándoles la cruz y el arrobamiento místico de la joven que aguarda tranquila el mo-

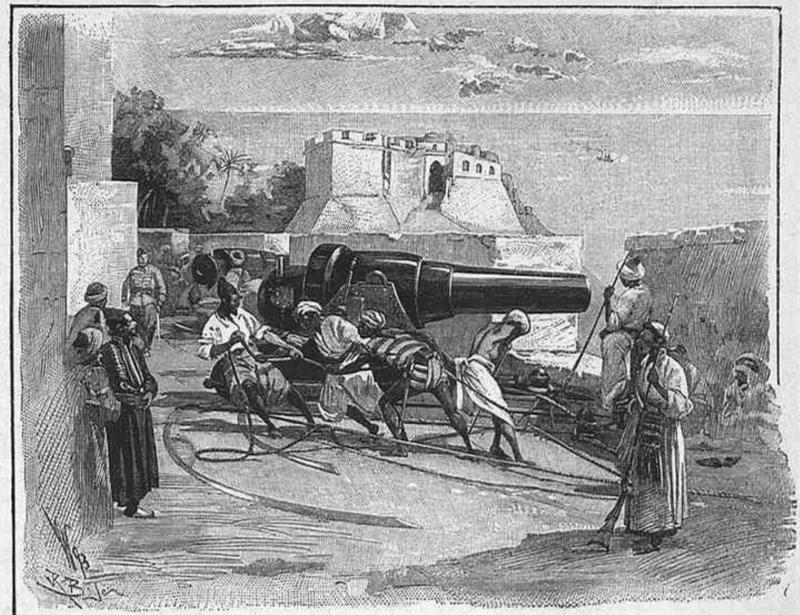
mento en que será despedazado su cuerpo y su alma podrá volar al fin libre al seno del Señor.

El capitán Ariza. - Algo ha dicho de este valiente guerrillero nuestro querido colaborador Sr. Martínez Barrioueuvo en sus *Crónicas de la guerra*, y si en esta sección hubiéramos de



EL CAPITÁN D. FRANCISCO ARIZA jefe de la sección de penados guerrilleros en Melilla

referir hazañas de su accidentada vida militar faltaríanos espacio, aunque no relatásemos sino una pequeña parte de ellas. Nació D. Francisco Ariza Gómez en Antequera el 23 de junio de 1846, y en 1868 ingresó en el ejército, marchando en seguida á Cuba y conquistándose bien pronto en aquella difícil y empeñada campaña inmarcesibles laureles por sus actos de valor temerario y por sus atrevidos cuanto hábiles golpes de mano. Apenas iniciada la guerra de Melilla, Ariza, que se encontraba en Barcelona en situación de reserva, pidió y obtuvo permiso para marcharse á Africa, en donde ha organizado una guerrilla de penados que, conducidos por él, á nadie temen, á todo se atreven y luchan como fieras contra las fieras, oponiendo á la emboscada el acecho, á la traición la astucia, al desprecio de la vida la más absoluta indiferencia ante la muerte. Ariza y sus guerrilleros se han coronado de gloria y han merecido que España entera les admire, siendo de esperar que el gobierno, haciéndose intérprete de los unánimes deseos de la nación, otor-



Batería de la ciudadela de Tánger

gará la debida recompensa á esos héroes concediendo al uno el premio que dentro de su carrera le corresponda y haciendo uso de la gracia de indulto para esos penados que al dar su sangre por la patria redimen de la manera más hermosa, si no todas, por lo menos una gran parte de sus anteriores culpas.

Desterrados á Siberia, cuadro de W. Scherechewski. - El triste convoy ha llegado á una de sus etapas; en lóbregos calabozos, confundidos hombres y mujeres, viejos y niños, tratan de descansar de las fatigas de la jornada. Los más en vano buscan reposo: la conciencia de su horrible suerte puede en ellos más que el cansancio y los mantiene en vela; los menos, vencidos por el desfallecimiento, se rinden al sueño. Con el alba los presos continuarán su marcha, y pisando nieves, azotados por el viento, calados por las lluvias, ateridos de frío y de hambre pasarán días y semanas y meses hasta llegar al fin de su viaje, á las estepas de Siberia, ese infierno de los vivos donde un Dante podría escribir con letras de sangre otro *Las-ciate ogni speranza!* más terrible aún que el que puso el poeta florentino á la puerta del infierno de los muertos.

Scherechewski es polaco, reside en Munich, y en sus principales lienzos reproduce los horrores del despotismo moscovita con un vigor dramático y una valentía artística que demuestran que sirven de guía á su pincel el genio de un maestro y el corazón de un filántropo.

La escuadra inglesa del Mediterráneo. - Para contrarrestar en cierto modo la presencia de la escuadra rusa en Tolón, Inglaterra dispuso que la escuadra inglesa del Mediterráneo, al mando de lord Seymour, visitase el puerto de Spezzia. Nuestro grabado reproduce esta escuadra antes de que se le diera la orden de reunirse en Gibraltar con la del Canal con el objeto sin duda de estar en observación de lo que pueda ocurrir en la costa de Marruecos con motivo de los sucesos de Melilla.



Pacheco no las dejó hasta que el tren hubo partido

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

— Esta contestación, que equivalía á un poema de amor, no alteró en nada la última resolución de Luis. Durante el desmayo de Pola se había jurado ser fuerte y lo sería; aquella locura debía pasar, volvería á ser el padre, discurriría, maduraría el proyecto de enviar á Italia á su protegida, y pondría fin á los peligros que les cercaban; la salvaría torturando su corazón; á ella podrían consolarla el arte, los aplausos, la gloria; él se consumiría en las soledades de su hogar, tan frío, tan humano, y en aquel gabinetito que quedaría impregnado del perfume celestial de Pola; porque el piso segundo de la calle de San Miguel, amueblado por él, precipitadamente primero y con refinamientos delicados después, se conservaría tal y conforme estaba; sería su refugio. Allí escribiría á Pola, allí leería sus cartas, allí soñaría con ella, allí podría idolatrarla sin reservas.

Ocho días habían transcurrido desde la noche inolvidable para ambos; ni una palabra que la recor-

dase pronunciaran en este tiempo; los paseos nocturnos habían continuado sin embargo. Pola no quería preguntar qué secreto le guardaba Luis; sabía que la amaba; también él sabía que lo amaba ella. La diferencia de posición indudablemente á los dos los sacrificaba; tendría padres; había dicho que era muy rico; ella fuera corista, fuera mendiga... ¿cómo podía soñar en que la admitiesen en su seno? Quería ser artista, una *estrella* del canto. Quería conquistar nombre refulgente, porque sentía dentro de sí el soplo divino del arte y las ambiciones del genio. «¡Quién sabe, se dijo: aristócrata del talento, quizás pueda igualarme á los que seguramente hoy me despreciasen!»

Luis no tenía la culpa; Luis no veía el pasado, ya se lo había dicho, y sufría mucho, sí que sufría; era necesario ayudarle, y ella tan débil, tan niña, tan desgraciada daría muestras de un valor á toda prueba.

— Y bien, Pola, dijo Luis haciendo un esfuerzo so-

bre sí mismo. ¿Sabes que he pensado mucho en tí?

— Lo creo, respondió la joven esforzándose por disimular que sufría horriblemente.

No le cabía duda; se trataba de su carrera.

— Pues he pensado en tu viaje á Italia, y ya tengo persona de confianza que te acompañe.

— ¿Ya?, preguntó Polita de una manera inexplicable.

— Sí; es una señora distinguidísima, de austeras virtudes y muy instruída, nadie más á propósito: ¡No sabes qué contento estoy por haber encontrado tan á satisfacción mía lo que me preocupaba en extremo! Ha viajado mucho con su difunto esposo, un pedagogo ilustre, y es sola, habla francés, habla italiano y es muy cariñosa. ¿Qué tal?

— ¡Bien!, respondió Polita con tristeza.

— Mañana vendrá por la tarde; aquí estaré yo: le he dicho que soy tutor tuyo, y no he mentado: ya tiene instrucciones sobre el género de vida que yo quiero

que haga, y llevará cartas para los maestros que deben perfeccionar tu educación lírica: poco nos falta, pues, que ultimar; tu equipaje y el suyo.

Pola se iba poniendo lívida: la vida tranquila, la dicha presente iba á terminar pronto, muy pronto: perdería de vista aquella casita, aquel gabinete tan mono, en el cual era feliz estudiando y esperando á Luis: ya no volvería á pisar la sala en donde el cadáver de su madre yaciera por algunas horas... Necesitaba valor, mucho valor, y lo tendría. ¡Vaya si lo tendría!

Á expensas de su salud y de su vida hizo un esfuerzo.

— ¡Cuánto sufres!, pensó Pacheco, y soy yo el que la martiriza; ¡yo que diera mi vida por su felicidad y por sus alegrías! Si supiera que soy casado sufriría más aún; perdería toda esperanza y se dejaría morir: la conozco bien... Es necesario que viva, que viva para el arte, ya que no puede vivir para mí.

— ¿Sabes en lo que estoy pensando?, preguntó Pola acercándose más á Luis y tomándole una mano: en que seré reina de la escena, en que se cumplirán las profecías de mis maestros, pero se cumplirán sobrepajando sus predicciones: siento como nunca fiebre de grandezas, de brillo de sol, de vida exterior; necesito que me aplaudan, que me consideren, que me adoren y que me envidien.

— ¿Todo eso necesitas? ¿Para olvidarte acaso de mí?

— ¡No! Para que te envidien á ti. También pienso en mi prima: ¿quieres creerlo? Desde que hemos tomado esta resolución he vuelto á recordarla, y sueño con vengarme de ella. ¿Te asombras, verdad? ¡Vengarme yo que no siento odios por nadie! Pues por mi prima sí que los siento: podría perdonarle mis sufrimientos, mis humillaciones; pero las humillaciones y los sufrimientos de mi madre no tienen perdón; no puede haberlo en el corazón de una buena hija.

— ¡Despréciala!

— Antes podía, ahora no puedo. El deseo de engrandecerme va unido al deseo de humillarla. Perdóname, Luis; creo que sería capaz de enloquecer á su esposo si llegase á poner en mí los ojos. ¡Oh! Hacerla pasar las torturas que sufrió mi madre, es lo que me preocupa desde hace ocho días.

Y era cierto. Se había refugiado Pola en el odio que sentía hacia la hija de su tío para distraer el dolor de una separación cruel; la esperanza de ser admirada, de valer ella más, pobre huerfanita, que la dama rica y fastuosa, mitigaba en parte el dolor que le atenaceaba el alma.

— No digas eso, Pola: tú no eres capaz de engañar á nadie, ni de fingir amor, y menos por venganza: no confundas los resentimientos justísimos que sientes con el odio, que no cabe en tu pecho: si mañana tu prima te pidiese pan á ti que no lo has recibido de su mano, ten la seguridad de que no la imitarías.

Los preparativos de viaje adelantaban en casa de Pacheco: Camila andaba revuelta con modistas, sombrereras, zapateros y comerciantes de novedades; esto la distraía de sus malos humores, pero no la impulsaba á ser amable ni á doblegarse á su marido. «Estoy herida, pensaba, y debe ser él quien pida misericordia.»

Pero Luis no la pedía ni parecía preocuparse de los desplantes de su mujer. Era el mismo para sus hijos, para sus servidores, para todo el mundo; pero algo invencible, algo inexplicable le apartaba cada vez más de Camila. Los defectos de ésta se atropellaban por salir á la superficie; las comparaciones no cesaban de mostrarse implacables con los deberes y en lucha abierta reñidísima con éstos. El alma de Camila era enemiga de la suya; la de Pola su gemela, su igual; y sin embargo, ¡era preciso huir de la hermana querida para vivir encadenado á la hermanastra odiosa!

Sus hijos, sus hijitos inocentes remachaban la cadena, sus deberes de hombre honrado, la idea de que ninguna falta imperdonable podía reprochar á Camila; pero... si otra mujer que no fuese tan pura ni tan ideal como Pola le inspirase aquella pasión, ¿hubiera sido tan mirado y tan fiel cumplidor de sus deberes? ¡Otra mujer! ¿Cuál? ¡Ninguna! ¿Acaso había fijado jamás el pensamiento dos días en una misma? ¿Acaso había sabido lo que era amor hasta que había conocido á la niña desvalida?

El viaje estaba fijado: Luis no quería dejar á Pola en Madrid, quería enviarla delante, prefería ser él quien la viese partir, quien sufriese las torturas mayores.

La víspera del día que debía salir Luis con su familia para San Sebastián salió Polita para Italia con su dama de compañía. Pacheco no las dejó hasta que el tren hubo partido: ¡aquel tren que se llevaba su vida!

Pola no pudo llorar: estaba desencajada, tenía fiebre y temblaba como había temblado tiritando de frío en la desmantelada buhardilla. Hasta que no sin-

tió el traqueteo del convoy, hasta que no perdió de vista á su protector, hasta que no se rompieron una por una todas las fibras de su ser, no pudo derramar una lágrima.

— ¡Llore usted, hija mía! Llore usted mucho sobre mi pecho: yo seré su madre cariñosa, dijo la viuda de Altuna, que así se llamaba la compañera de Polita.

Luis volvió á la calle de San Miguel sin detenerse: subió de dos en dos los escalones, llamó con furia y entró sin hacer caso de la criada, que todavía estaba sollozando por su señorita: entró en el gabinete, se precipitó en el dormitorio y se arrojó sobre la cama de Pola, ocultando el rostro entre aquellas almohadas que conservaban el perfume de sus cabellos y las emanaciones de su aliento.

— Señorito, señorito, ¡por Dios!, dijo la muchacha, ¡ya volverá, ya la veremos!

Pacheco lloró, lloró mucho sobre el lecho que le recordaba al ángel adorado.

Eran cerca de las nueve cuando llegó á su casa: necesitó hacer sobrehumanos esfuerzos para contenerse: apenas comió, y apenas pudo fijar su atención en la deliciosa charla de los niños.

Se levantó de la mesa para encerrarse en sus habitaciones.

Camila, á quien no pasó inadvertido el malestar de Luis, hízose la desentendida y no le preguntó si estaba enfermo: para ella era indudable que dejaba algo en Madrid y que sentía marcharse.

Al siguiente día parecía Pacheco más animado. Salió por la tarde, fué á visitar el nido en donde refugiaba su alma enferma, entregó dinero á la criada, le dió órdenes y se despidió hasta dentro de dos meses.

— ¿Irá usted á ver á la señorita?

— No. Hasta que ella venga á Madrid no la veré.

Las cartas de Pola debían ir á la calle de San Miguel. La muchacha recibió un ciento de sobres con sus correspondientes sellos para que las encerrase de nuevo y las reexpidiese á San Sebastián sin perder correo.

Los ocho días que tardó Luis en saber de Pola fueron terribles. ¡Por fin, habían llegado bien; estaban instaladas, lindamente instaladas en Milán!

Luis pidió la dirección á San Sebastián; el retraso que las cartas sufrían yendo á Madrid era para él mortificante por demás.

Pasó el verano pendiente del correo, esperando impaciente, contando los días, las horas y los minutos y desesperándose y telegrafando inmediatamente si una carta no llegaba el día que debió llegar. A los pocos de establecerse en Milán comenzó Pola sus lecciones; tenía mucha prisa y no quería perder el tiempo. El maestro, á quien la voz de la españolita había llenado de admiración, estaba asombrado de los progresos de su discípula; era un genio musical, era un prodigio de agilidad y un portento de comprensión; en una palabra, era el arte mismo aquella criatura que acababa de cumplir los diez y siete años.

Así se lo escribió la señora de Altuna á Luis, sin que Pola lo supiese. También le comunicaba, según las instrucciones que de él había recibido, que la salud de la niña era delicada; decía que nada la dolía, pero según opinión de ella sufría muchísimo moralmente. Pocas veces sonreía; besaba con transporte las cartas de él y la suplicaba luego que á nadie se lo dijese. Paseaba poco; sus estudios y la correspondencia con su protector eran la preocupación constante de su existencia; no vivía para nada más sino para volver á Madrid con un nombre célebre.

La familia de Pacheco regresó á la corte en el mes de octubre. Apenas llegó Luis á su casa salió de nuevo para visitar la de Pola: todo estaba limpio y en orden como si allí viviese ella; la muchacha era excelente y Pacheco la quería mucho; al verla no pudo menos de abrazarla con alegría; creyó que iba á ver á Pola, á encontrarla en su gabinete. ¡Qué desencanto y qué pena!

Todos los días de aquel invierno fué Pacheco á la calle de San Miguel, allí pasaba la tarde y á veces algunas horas de la noche; allí recibía las cartas, allí las contestaba, allí soñaba despierto y allí veía flotar la imagen de Pola, embriagándose con sus palabras de agradecimiento y con sus sonrisas de amor.

Un día del mes de enero, aquel en que precisamente hacía un año que Luis volvía á su casa después de haber perdido cinco mil pesetas, último dinero que jugara, fué como de costumbre más preocupado, más triste. Los recuerdos eran vivos y por lo tanto crueles.

¿Se acordaría Pola de aquella fecha? ¡Vaya si se acordaba! Allí tenía un paquete, un paquete grande y abultado. Era una carta de muchos plieguecillos, un retrato en el traje de Rosina del *Barbero*, y muchos recortes de periódicos. ¡El asombro! ¡Lo nunca visto! Pola había debutado hacía quince días; no qui-

siera comunicárselo antes para no tenerlo impaciente por el éxito. Dos horas tardó Luis en hacerse cargo de todo; bien es verdad que empleó una contemplando el retrato. Hablaba con la criada como si hablase con una amiga, le comunicaba todo, le traducía los sueltos, besaba la fotografía. ¡Qué linda, qué linda estaba su Pola, su Polita! Era hermosísima; lo veía en la cartulina y no lo había observado en el original; no había mujer más encantadora en el mundo. Parecía una muñeca vestida de máscara; pero ¡qué muñeca más perfecta, más seductora! ¿Era de su Pola aquella carita picaresca? Era su niña, su angelito aquel que los periódicos llamaban «diablillo andaluz.» Estaba transformada. ¡Qué bella, qué bella le parecía!

La prensa de Milán apuraba el lenguaje de las alabanzas: ruiñón era un adjetivo pálido, sin color y sin expresión, comparado con lo que *la Pola* merecía: *la Pola* le llamaban.

Polita explicaba á Luis su éxito. «Sólo tú me faltabas,» decía.

Había estudiado primero el *Barbero* por capricho de su maestro y lo había cantado tres noches gratis. Ahora estudiaba *Lucía*, la cantaría también, y así sucesivamente hasta hacer un repertorio de las óperas que más le gustasen. Una vez hecho y cuando en toda Europa se hablase de ella y se la desease, saldría de Milán contratada; hasta entonces no.

La satisfacción, la íntima felicidad que presumía había de tener al recibir aquellas noticias quisiera que la sintiese en aquel día tan señalado para ambos, y por eso la retrasara; le pedía perdón por tamaño egoísmo. No le hablaba de sus ansias de verle; no le decía que lo adoraba. Jamás tocaba este punto, como no lo tocaba Luis en sus cartas; pero en cambio la señora de Altuna era más explícita; le participaba que había llorado mucho la noche del *debut* después de la función, y que dijera: «¿De qué me sirve la gloria, si no le veo?»

Luis no podía salir de aquel gabinetito. Allí gozaba, allí era feliz y presumía que le esperaban fuera los desencantos de la realidad.

La vida de su hogar no era íntima; no podía violentarse más de lo que se violentaba, pero tampoco era tan tirante como había sido. Acompañaba á su esposa al Real, á bailes y á reuniones, y nada más; cuando estaban solos, ninguno de los dos hablaba; él no sabía qué decir; ella esperaba que le dirigiese la palabra.

Camila era lo que se llama una mujer hermosa y solicitada por los que encuentran muy sabrosa la fruta del cercado ajeno. Pacheco lo sabía; sin embargo, estaba tranquilo; conocía á su mujer y hubiera jurado que el orgullo de Camila era el más fiel guardador de su honra. Antes de conocer á Pola reconocía que su mujer era un adorno que podía satisfacer el amor propio de cualquiera; después de aspirar el perfume delicado de la violeta humilde, le pareció insoportable la camelia altiva.

Contento, contentísimo llegó Pacheco á su casa. Había puesto en el correo la contestación á la carta que tan feliz le había hecho; no pudiera contenerse y hablara en ella de amor, de ilusiones, de belleza, de flores, de pájaros, de querubines y de cuantas cosas poéticas á su mente acudieran. No pudo calcular el daño que con aquellas frases había de causar en las heridas de Pola. Sólo pensaba en la contestación. ¿Por qué la vista de aquel retrato le había excitado los nervios hasta el punto de hacerle quebrantar sus juramentos? No lo sabía, no podía explicárselo. ¿Le parecía otra Polita? ¿Era ya más mujer y menos ángel? ¿Hubiera dejado de respetarla si á su lado la tuviese? ¡Quién sabe!

La idea de que había debutado, de que había reído y jugado en la escena y de que el tenor, en forma de Almaviva, la había estrechado entre sus brazos, le hacía morir de celos; pero también le impulsaba á mirarla bajo otro aspecto más terrenal y menos celestial. Mientras había permanecido en su casita, recordaba la misma Pola de antes de partir; una vez en la calle, una vez á solas con su cerebro saturado de Rosina y viéndola por el prisma de los sueltos que había leído, era la mujer, era la artista, era la *prima donna* picaresca tan celebrada.

Lo primero que le comunicó Joaquín al entrar en el despacho fué que Luisito, el niño mayor, estaba enfermo. A media tarde lo habían acostado; el médico no había hecho más que recetar; tenía mucha fiebre y no se podía diagnosticar así de repente.

Luis corrió á verle; allí estaba la madre muy afligida; no se puso menos el padre. Casi se reprochó su conducta; había estado ausente entretanto su hijo sufría.

En toda la noche no se apartaron ni Luis ni Camila de la cabecera de la cama. El dolor los estrechaba; algunas veces acariciaba Pacheco á su esposa

para infundirle alientos, asegurándole que no sería nada.

Al día siguiente declaró el médico que se trataba de una pulmonía. Los padres dieron al niño por muerto, viendo la cara que ponía el doctor para decirlo.

Luis no pensó ya en Pola, ni en ir á recoger sus cartas, ni en escribirle. Su hijo se moría, su hijo del alma, un hermoso ángel de nueve años que era la dicha del hogar. Camila estaba desolada; la pena le hacía olvidar sus resentimientos, deponer su carácter y refugiarse en su marido. Éste la recibía en sus brazos con amor, con transportes delirantes de pena y de compasión; la cuidaba como al enfermito, la mimaba como á él y no recordaba que tuviese defectos, ni mal humor, ni pequeñez de sentimientos, ni que fuese egoísta ni destemplada. Era la madre de aquel pedazo de sus entrañas, era la compañera de su vida, era carne de su carne y sangre de su sangre. Le dolía á él lo que á ella le dolía, sufrían ambos por la misma causa; ya no había diferencias, ni aparecían las mezquindades de espíritu, ni se advertía la falta de inteligencia, ni existían defectos de ninguna clase. Había quedado la madre, la madre de los hijos propios circundada con la aureola del sufrimiento.

A los cuatro días el niño era cadáver; el dolor de los padres no tuvo límites; la razón de Camila estuvo en peligro, y Luis creyó también volverse loco; mas sobreponiendo sus penas al dolor que le atenaceaba el alma, dedicó todos sus esfuerzos á consolar á Camila y á cuidar al pequeño Juanito, único amor que les quedaba. Volvieron para los esposos los días amantes de su tranquilo matrimonio, más amantes aún, porque Luis no se apartaba ahora de su mujer y no la dejaba sola un momento para que no se entregase al dolor. Hacía un mes que no pensaba en Pola, ni en sus cartas, ni en ir á la calle de San Miguel, ni en nada que no fuese el hijo muerto y el dolor de la madre.

Los periódicos sacaron á Luis de su letargo. Daban cuenta, traduciendo de los periódicos italianos, del éxito colosal, nunca visto, alcanzado por una compatriota en Milán. Jamás habían oído los milaneses una *Lucía* mejor cantada; el aria de la locura fuera un prodigio de agilidad, de floreos divinos, de trinos celestiales, de *picados* limpiísimos y de realismo espeluznante. Las gentes se atropellaban al escenario para ver á la cantante, una jovencita interesantísima, creyendo que la locura no era fingida y que aquellos movimientos, aquellas miradas incoloras y vagas, que revelaban un trastorno momentáneo del cerebro, eran efecto de repentina demencia. La eximia artista había sido presa de un accidente que la tuviera tres horas insensible, sin darse cuenta de nada de lo que á su alrededor pasaba, y volviera á la vida cuando los médicos desesperaban de salvarla. La Pola, que así se llamaba el nuevo astro, continuaba en estado relativamente satisfactorio, aunque muy delicada.

Para Luis fué una revelación la noticia; había llegado á olvidarse casi por completo de su protegida.

— ¡Pobre niña!, se dijo; y felizmente no le habrán faltado recursos; si no, ¡qué hubiera sido de ella! Esta tarde recogeré sus cartas y la escribiré; pero ahora, ahora mismo voy á poner un telegrama urgente. ¿Cómo estará? Creerá que la he olvidado, que la abandono...

Escribió precipitadamente y llamó á Joaquín.

— Toma, le dijo, sin perder momento pon ese parte urgente; corre.

El ayuda de cámara obedeció incontinenti y antes de dos minutos estaba en la calle.

¡*Lucía!*, ¡cantara *Lucía!* ¡Qué interesante habría estado Pola con su ropaje blanco y su cabello suelto! ¡Qué bien sentaría á su semblante dulce y triste el dolor de la víctima desposada!

Cuando el ayuda de cámara volvió del telégrafo, estaba Luis todavía en la misma postura que se había quedado, con los codos sobre la mesa y la frente apoyada en ambas manos.

La presencia de Joaquín le hizo lanzar un grito; recordó el contenido del telegrama, recordó lo que había escrito. ¡Qué horrible pena iba á causar á Pola con su revelación! ¿Qué diría al recibir aquellas noticias?

«Enfermedad y muerte de mi hijo tuviéronme medio loco; no te olvido: hoy escribo.» Esto pusiera Luis sin darse cuenta, atento solamente á la verdad, y esto transmitiría el hilo eléctrico. ¡Qué imprudencia! ¡Pobre Pola! Comprendería que era casado: podría explicarse su conducta con ella. ¿Sabría apreciarla? Ya no le quedaría duda de que la amaba de veras. ¿Qué diría? ¿Querría contestarle?

Aquella tarde fué á la casita de Pola: encontró á la criada asustadísima, porque suponía que alguna desgracia ocurriera al señorito. Cartas de su protegida y de la señora de Altuna, telegramas, todo lo en-

contró Luis en el gabinete. ¡Cómo le reprochó su silencio leyendo aquellos amargos renglones impregnados de lágrimas! También se había dirigido Polita á la muchacha y ésta le contestara que nada sabía del señorito.

Luis escribió una carta muy larga: hacía referencia á la noticia telegráfica de la mañana, y explicaba todo: su amor, su respeto, su situación...

Jamás enamorado alguno supo expresar mejor la pasión sin esperanza y la lucha del corazón entre el amor y los deberes de alta moral; su sacrificio era inmenso; el mundo no hubiera sabido apreciarlo; pero apreciándolo ella...

Después de escrita esta confesión sentíase Luis más tranquilo; arregló cuentas con la criada, fué á tomar una letra de cinco mil francos sobre Milán, la metió dentro de la carta, y una vez puesta en el correo volvió á casa; era la vez primera después de la muerte de su hijo que se apartaba de Camila. Para ésta no pasó inadvertida la salida de aquella tarde y Luis comprendió que su mujer estaba disgustada; volverían á las tirantezas antiguas si él no procuraba regularizar su vida haciendo que ella la regularizase; pero Camila, acostumbrada de nuevo á ser la preocupación constante de su marido, ya no cedería de grado su imperio soberano.

Conforme pasaban los días, volvía la figura de Pola á enseñorearse nuevamente del cerebro de Luis.

Creyó éste que contestaría la niña al telegrama y esperó inútilmente con impaciencia difícil de ocultar.

Durante dos ó tres días fué por mañana y tarde á la calle de San Miguel. Camila tornaba á ponerse furiosa: diariamente también se reanudaban los llantos por el hijo adorado; el desamor de que acusaba á su marido y las faltas de consideración que según su criterio cometía con ella, acababan por una explosión de lágrimas que dedicaba á Luisito: el amor de la madre se desbordaba más cuanto más sentía que el de la esposa iba siendo otra vez relegado.

Por fin llegó la contestación á la carta de Pola; había tardado tres días en contestar, por ocupaciones, decía ella, pero la señora de Altuna comunicaba á Luis que por enfermedad; la salud de la señorita era delicadísima, pues la noche que había cantado *Lucía* ya la dieran por muerta.

Pola no contaba nada á su protector: le hablaba sí de sus ilusiones artísticas, de sus triunfos y de todo con indiferencia: «Si hubiera sabido que eras casado, no hubiese aceptado tu protección sin el consentimiento de tu esposa; háblale de mí y dile que comparto con ella el agradecimiento que te guardo.» Esto decía Pola como si su alma no se hubiese roto en pedazos al escribirlo. Háblale de la muerte del niño muy condolido, y le aseguraba que si la vida de ella pudiera devolver la suya al angelito, la diese sin titubear y sonriendo.

Luis leyó esta carta llorando; las frases de Pola eran su martirio, su tortura; eran la última esperanza: ya lo sabía todo; ya le olvidaría; quizás escuchase de otros hombres frases amorosas, y las escuchase para no pensar en él, para olvidarle. Olvidarle no: Pola no era de las que olvidan. ¡Le recomendaba que hablase de ella á Camila! ¡Pobre niña! Juzgaba el alma de las otras mujeres por la suya. ¡Oh! ¡Si Camila hubiese tenido su alma!..

La carrera de Pola estaba terminada y firmó su primera contrata para Nápoles. Aquel día escribió á Luis:

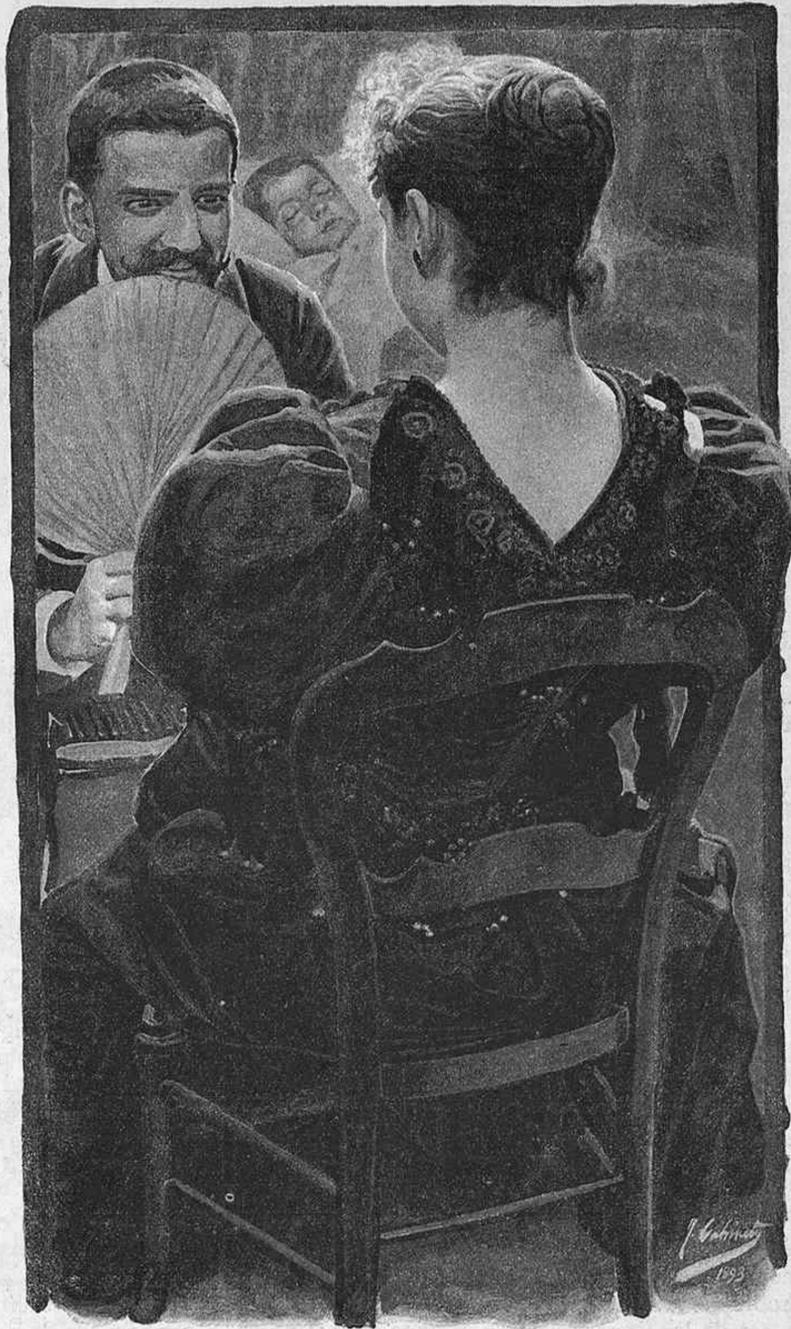
«No me envíes más dinero, decía; pronto seré rica; ya gano más de lo que necesito para mí y para esta segunda madre que me ha deparado el cielo: vende mis muebles, Luis; tal vez no vaya jamás á

Madrid, y si voy, ¡cuán penoso me sería entrar en aquel gabinete en donde pasé los mejores días de mi vida!»

Pacheco creyó morir de pena. ¡Vender sus muebles!.. ¿Deshacerse de aquel nido en donde encerraba su dicha? No: no lo haría entretanto no tuviese otro recuerdo más vivo de ella.

En Nápoles hizo Pola furor como en Milán; de allí pasó á Roma, de Roma á Turín y de Turín á Florencia.

En este punto se agravaron sus males, y un médico



Algunas veces acariciaba Pacheco á su esposa para infundirle alientos...

español le recomendó que volviese á España. El nombre de Pola era ya un amuleto para las empresas, y todas solicitaban á la cantante.

Acababa el verano, y aquel otoño debía cumplir Pola su compromiso de cantar en Londres: Luis estaba en San Sebastián luchando entre sus deberes recargados por las exigencias de Camila y su anhelo de ver á Pola, su desesperación porque no la veía.

— ¡A España! Todavía no, dijo Pola; iré cuando me sienta mejor.

Aludía la niña á sus males del alma.

Fué, pues, á Londres y firmó allí su contrato para Lisboa.

La señora de Altuna temía mucho el mareo y ponía reparos á embarcarse; pero Pola dijo que rompería su contrato antes que pasar por España. No hubo remedio, y ¡dichosa terquedad!, pues que el viaje por mar sentó admirablemente á la joven, que recobró casi por completo su salud.

En noviembre llegó á la capital lusitana; cuando Luis supo que la tenía tan cerca tembló de emoción: verla, verla era el afán de su alma: «¡verla y morir después!», decía, golpeándose el corazón.

La escribió pidiéndole consejo para ir á Lisboa, y Pola contestó que no, que no fuese: «Déjame vivir algún tiempo más», decía.

Este grito escapado del alma después de nueve meses que ni una palabra revelaba que Pola continuase adorando á su protector, fué un puñal de dos filos para Luis.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS BAÑOS DEL PEÑÓN EN MÉXICO

Las montañas mexicanas, las vastas mesetas de la Sierra Madre, en donde están situadas las principales ciudades de México, reúnen excelentes condiciones

la bra, todas las dependencias juntas de un balneario y de un casino europeo. Galerías hermosamente decoradas de estilo azteca, bañeras inundadas por suave penumbra, piscinas y sudatorios construídos y adornados según el gusto clásico inspirado en el recuerdo de las termas de Pompeya y de Roma: he aquí lo que encuentra allí el visitante.



Establecimiento de aguas minerales del Peñón, en México (de una fotografía)

sanitarias, aunque lo contrario crean algunos europeos. Reina allí el clima de la zona intertropical, una primavera eterna, con un cielo límpido y una atmósfera que constituye un elemento de inmunidad contra esa gran enemiga de la vida humana, la tuberculosis.

Hace algún tiempo un médico francés, M. Jourdanet, en su libro *México y la América tropical* afirmó que el aire de las alturas mexicanas es mucho mejor contra la tuberculosis que todas las linfas conocidas, incluso la de Koch.

Recientemente en el Congreso médico celebrado en Berlín un profesor mexicano, el Dr. Liceaga, presentó una memoria sobre la benignidad atmosférica de la cordillera mexicana con relación á la tuberculosis. Apoyándose en datos estadísticos irrecusables, el Dr. Liceaga hace especial mención de las populosas ciudades de Zacatecas, Oaxaca, etc., en donde la tuberculosis pulmonar es desconocida ó poco menos, y señala otras, como la capital, México, en donde la tuberculosis se desarrolla en proporción notablemente inferior á la que se observa en las ciudades europeas. En resumen, de la citada memoria se desprende el hecho importante de que el aire de todas las poblaciones de la meseta central ejerce saludable influencia sobre los tuberculosos procedentes, sea del extranjero, sea de las tierras bajas de México, que si no se curan por completo experimentan allí notable alivio.

Pero la meseta central, ó sea el valle de México, además de estación sanitaria para los tuberculosos es una estación balnearia de primer orden. A cuatro kilómetros de la ciudad de México brotan las aguas del manantial del Peñón, que han sido clasificadas entre las bicarbonatadas mixtas y que tienen gran analogía con las de Royat y Mont-Dore. Cerca de la fuente alzáse la pequeña montaña roqueña, Cerro del Peñón, y al otro lado, al pie de éste, extiéndese la superficie tranquila del lago Texcoco.

Las aguas del Peñón eran ya muy conocidas de los antiguos aztecas, de ese pueblo primitivo del Anahuac que bordaba una leyenda sobre cada maravilla terrestre y que también inventó una para aquel manantial suponiendo que brotó en el sitio mismo en donde cayó mortalmente herido, durante una batalla, un famoso guerrero. Este origen sobrenatural respondía á las virtudes curativas que aquellas gentes atribuían á las aguas del Peñón, de las que se servían en pociones y fricciones contra sus padecimientos. Los conquistadores españoles establecieron allí piscinas y fuentes, y por medio de excavaciones y pozos artesanos alumbraron nuevos manantiales al lado del primero.

Recientemente, gracias á la iniciativa de un eminente hombre de Estado mexicano, D. Manuel Romero Rubio, se ha levantado en el sitio donde brota el manantial un magnífico establecimiento que responde á las modernas exigencias de la hidroterapia: es un gran edificio de dos pisos, en donde se encuentran al lado de las salas y gabinetes balnearios otras tantas habitaciones confortables, fonda, restaurant, salones de reuniones, de billar y de lectura; en una pa-

En el centro de una de sus galerías hay una gran fuente de aguas minerales potables, coronada por un ídolo gigantesco, copia exacta de uno de esos monolitos aztecas que de cuando en cuando descubren los excavadores en el Anahuac.

El grabado que publicamos, tomándolo de una fotografía, reproduce el establecimiento de baños mexicanos del Peñón.

QUEVEDO

*
* *

EL JUDÍO ERRANTE EN LA SALPETRIERE

Hay siempre algo de verdad en las leyendas, aun en las más embrolladas: tal sucede, por ejemplo, con la tan conocida del Judío errante, que puede explicarse invocando los ejemplos tomados de la neuropatología. Sobre este asunto acaba de publicar el Dr. Enrique Meige un trabajo en extremo curioso que vamos á extractar.

Conocido es el origen de la historia del eterno viajero, Cartófilo, Ahasvero, Isaac Laquedem, según los países. Cartófilo parece ser que era portero del pretorio de Poncio Pilatos, y cuando Jesucristo transpuso el umbral de la puerta díjole, dándole un puñetazo: «¡Anda, Jesús, anda más de prisa! ¿Por qué te detienes?» Jesús, volviéndose á él, le replicó: «Sí andaré; pero tú esperarás mi segunda venida y andarás sin cesar.» Según otra versión, Ahasvero es un hombre alto, de luenga cabellera, judío de nacimien-

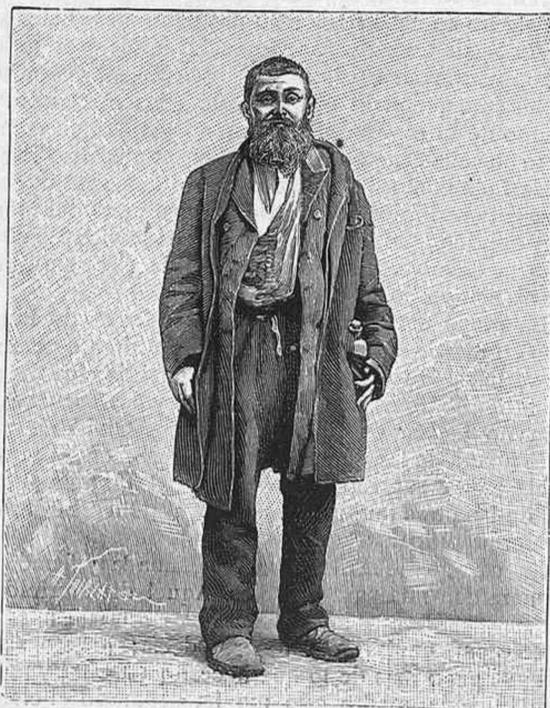


Fig. 1. Teófilo M... israelita, neuropata viajero

to, zapatero de oficio, «que asistió á la muerte de Jesucristo y que desde entonces vive.» Sea lo que fuere de estos orígenes, los historiadores están conformes en presentar al Judío errante andando á la ventura, atravesando rápidamente ciudades, apareciendo tan pronto en Hamburgo, como en Moscou, como en París, pero siempre con el mismo aspecto. Los autores de estampas están también de acuerdo al representar los retratos siempre según el mismo modelo: un tipo judío envuelto en luenga capa, con barba y cabello rizados, de mirada lánguida, cejas tristemente contraídas, etc.

Evidentemente los historiadores y los grabadores no se han puesto de acuerdo de un extremo á otro de Europa para hablar del Judío errante ó retratarlo: éste ha existido realmente, y los que de él hacen mención obran de buena fe. ¿Cómo, pues, ajustar la uniformidad de las descripciones, esa vida y esa marcha eternas con los datos de la ciencia? Según M. Meige, ha habido varios judíos errantes que han sido tomados por un solo y mismo individuo, porque todos tienen siempre el mismo aspecto general: estos individuos eran judíos neurópatas dominados por la necesidad de viajar y á menudo procedentes de un mismo origen. Es más, enfermos de estos los hay aún y algunos han podido verse en la Salpetriere, adonde los atraía la reputación universal de M. Charcot. Basta observarlos aun superficialmente y hacerles referir su historia para ver en cada uno de ellos al mismísimo Judío errante.

Entre los casos recogidos por M. Meige citaremos el de Moser B..., llamado Moisés, de treinta y ocho años de edad, judío polaco nacido en Varsovia (figura 2). De niño fué recogido por la autoridad militar rusa y puesto en una escuela especial, en donde recibió cierta instrucción. Instigado por sus superiores para que abjurara de la religión judía, luchó durante largo tiempo antes de decidirse á renegar de la fe de



Fig. 2. Moser B... llamado Moisés, israelita, neuropata viajero

sus mayores, y sintiendo que no tardaría en sucumbir huyó de pronto y salió de Rusia. Tenía entonces quince ó diez y seis años y no sabía oficio alguno, y desde aquel momento empezó á ir errante de país en país sin objeto determinado. En Budapest se casó y permaneció algún tiempo en aquella capital, en donde tuvo tres hijos; pero esta parada era demasiado larga para él, y la necesidad de viajar le atormentaba incesantemente, hasta que se llevó á su familia á Jerusalén y allí la abandonó para recorrer el mundo. Cada cinco años hacía una visita á los suyos, permanecía al lado de éstos unos días y emprendía de nuevo la marcha hacia nuevas tierras. En cuanto á la razón que de continuo le obligaba á cambiar de lugar, «era - dice - el deseo de encontrar un remedio al mal que sufría desde la edad de veinticinco años, que no me daba tregua ni reposo y acerca del que he consultado con todos los especialistas del mundo.» De esta suerte ha recorrido Polonia, Alemania, Austria, Bélgica, Inglaterra, etc., hasta que la nombradía de la Salpetriere atrajo á Moisés á París en 1892: allí se presentó vestido con un levitón negro, viejo y remendado, recordando su aspecto al de los judíos polacos. Su rostro flaco y demacrado desaparecía bajo una barba larga é inculta y una cabellera grasienta; su frente, alta, estaba surcada por profundas arrugas; sus espesas cejas se juntaban sobre la nariz formando

dos pliegues muy marcados que daban á su fisonomía una expresión atenta y dolorosa; su nariz aguileña caía sobre unos labios gruesos y estaba separada de las mejillas por profundas arrugas. Conocía el inglés, el turco, el ruso y el hebreo, pero hablaba principalmente el alemán. Al encontrarse en presencia del doctor Charcot refirióle la larga historia de sus sufrimientos y leyóle una lista detallada de los síntomas que sentía. A veces describía sus padecimientos con entusiasmo, luego se enternecía de pronto y se ponía á lloriquear. Si se le proponía un tratamiento escuchaba con atención, y después se sonreía, movía la cabeza con ademán de incredulidad y decía que cuanto había probado había sido siempre inútil. Moisés estuvo un año en París sometido á un tratamiento eléctrico; pero viendo que no se remediaba gran cosa, partió de allí en busca de una curación que no había de encontrar.

Lo mismo le sucedió á Teófilo M., de Wilna, de treinta y dos años (fig. 1): empezó á viajar joven; frecuentó los hospitales de Rusia, Alemania, Austria, Inglaterra, y sólo estuvo algunas horas en la Salpêtrière.

La historia de otros enfermos es la misma que las de estos dos. Comparando los neurópatas viajeros entre sí y con el Judío errante, llama desde luego la atención el origen idéntico de todos ellos, que parecen haber salido del mismo punto, situado en los confines de Alemania, Polonia y Austria. Todos son políglotas, pero hablan preferentemente el alemán; el Judío errante hablaba también el idioma de cada país; todos

son judíos y dentro de sí sienten el impulso que les hace viajar casi siempre sin causa aparente, á menudo para consultar un médico nuevo. Viven de limosnas y de lo que les dan sus compatriotas de cada país; como el Judío errante, visten muy pobremente y llevan una gran capa ó una levita larga hasta los pies; son casi siempre hombres de treinta á cuarenta años que representan muchos más por las arrugas que surcan su rostro; llevan la barba larga é inculta, que es quizás el signo característico en ellos. La fisonomía de todos los neurópatas viajeros expresa sufrimiento, cansancio, desesperación: la cara flaca, los pómulos salientes, las mejillas hundidas y las arrugas de la frente son cosas que se encuentran en todos esos enfermos y en los retratos.

Desde el punto de vista patológico, los neurópatas viajeros son, ante todo, extenuados, nerviosos, neurasténicos, y presentan todos los caracteres físicos y psíquicos de éstos y algunas veces también la historia. El Judío errante no parece tampoco que gozara de un gran equilibrio nervioso, porque siempre que pudo hablar con alguien se dió á conocer como perseguido.

ENRIQUE COUPIN

(De La Nature)

**

FOTOGRAFÍA EN COLORES

Según vemos en un periódico francés, el profesor G. Lippmann ha realizado nuevos progresos en su

sistema para obtener fotografías en colores, habiendo presentado en una de las últimas reuniones de la Sociedad francesa de Física las últimas pruebas hechas según su procedimiento por M. Lumiere. Consistieron éstas en paisajes admirablemente reproducidos y en los primeros retratos en color obtenidos del natural, entre ellos el de un oficial de ejército cuyos galones y botones del uniforme tenían reflejos metálicos y el de un químico rodeado de bocalos llenos de soluciones de variados colores. En esos clisés las carnes y los diversos tonos aparecen con una pureza y riqueza de matices admirables.

Estos resultados son notables, pero no pasan por ahora de experimentos de laboratorio: el método no está todavía bastante perfeccionado para la práctica ordinaria, porque las actuales preparaciones sensibles son poco permanentes y producen resultados muy desiguales, sin que se sepa aún la causa de tales anomalías.

Téngase, además, en cuenta que la fotografía de los colores obtenida por el método interferencial no se presta ni probablemente se prestará nunca á la reproducción en papel. Los colores se obtienen sobre cristal y sólo son visibles cuando la placa está en una posición conveniente con relación á los ojos de los que la miran. De modo que hay que mirar el clisé por reflejo, y si se quiere enseñar la imagen colorada á varias personas á la vez, es preciso proyectarla en la oscuridad por medio de un aparato reflector luminoso que produzca el mismo efecto que una linterna mágica.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE FIN BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARÍS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 84 St-Denis, 16

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energético que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farme, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

FALTA DE FUERZAS
 ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD CONSUMCION
EL HIERRO BRAVAIS
 representa exactamente el hierro contenido en la economía. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida.
 Exijase la Verdadera Marca.
 De Venta en todas las Farmacias.
 Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, París.

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

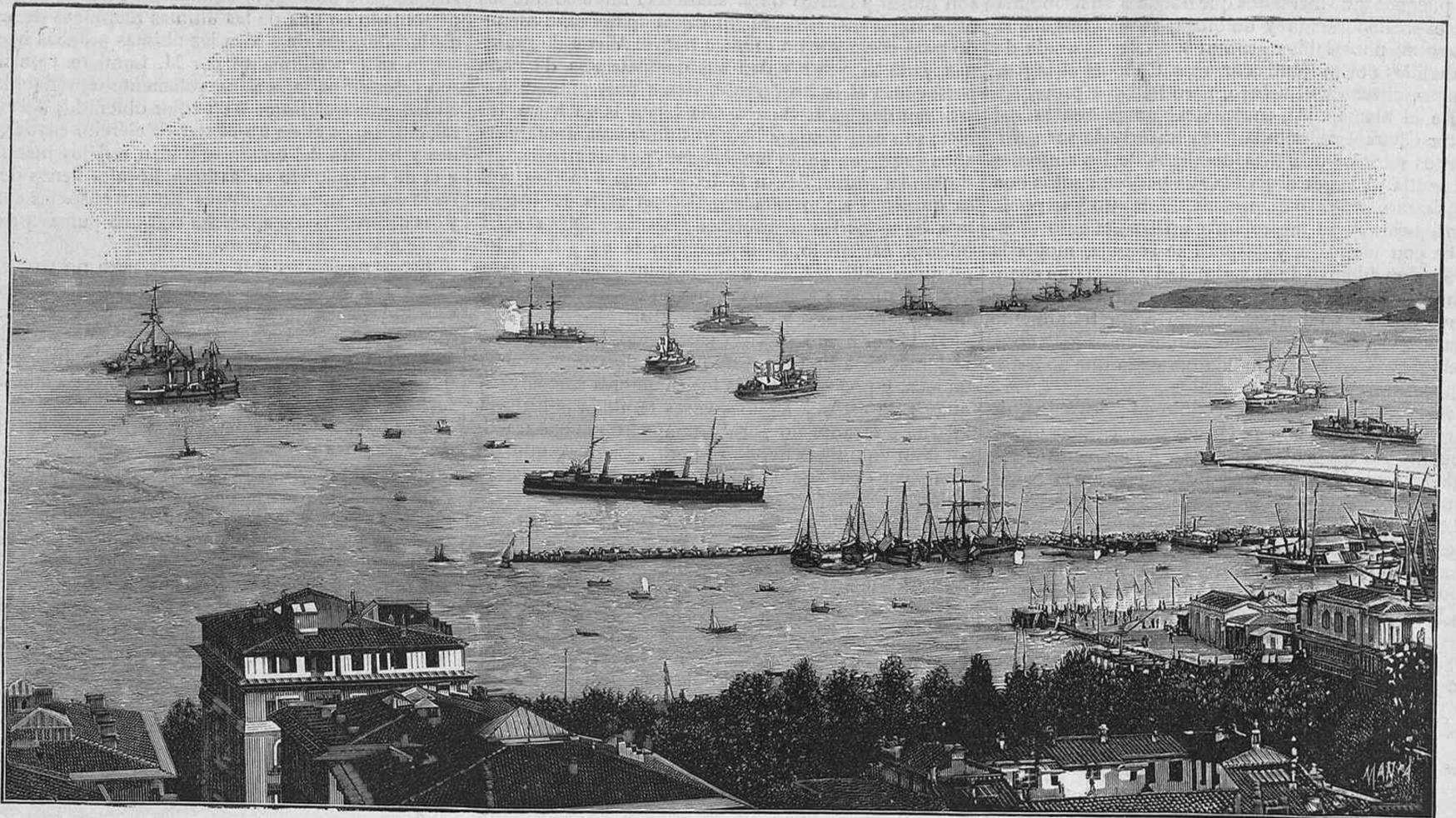
JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores El Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene, sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESPIRADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para el pecho, empléese el **PILIVOR D. DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



LA ESCUADRA INGLESA DEL MEDITERRÁNEO (de una fotografía)

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Señs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—Precio. 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LICOR LAVILLE GOTA
 del Dr. **REUMATISMOS**
 Especifico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
 F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS
 VENTA POR MENOR.—EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

MEDICACION ANALGÉSICA
 Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**
 JAQUECAS
 COREA
 REUMATISMOS
 DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
 PARIS, rue Bonaparte, 40

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.^r FRANCK

 Querido enfermo.—Fílese Vd. à mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría.—Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN